

MANUEL LINARES RIVAS

O HAY DIFICULTAD

PASO DE COMEDIA

Y

CRISTOBALON

TRAGEDIA RUSTICA EN DOS ACTOS

NO HAY DIFICULTAD

MANUEL LINARES RIVAS

NO HAY DIFICULTAD

PASO DE COMEDIA

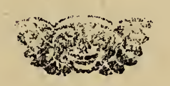
Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el día 31 de mayo de 1928

Y

CRISTOBALON

TRAGEDIA RUSTICA, DE AMBIENTE GALLEGO, EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Nacional, de La Habana, la noche del 26 de abril de 1920, y en el Teatro Lara, de Madrid, la del 15 de octubre del mismo año.



LA FARSA

AÑO II ✱ 16 DE JUNIO DE 1928. ✱ NUM 41

MADRID

Para Salvador Soler-Mary, con la admiración y el afecto de su buen amigo

MANUEL LINARES RIVAS.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Presentación.................	Leocadia Alba.
Susita.............................	Esperanza Ortiz.
Pacorro...........................	Salvador Soler-Mary.

Doña Presentación, de cincuenta y tantos años. Los tantos hacia arriba.

Susita, de veinte y tantos. Los tantos hacia abajo.

Y Pacorro, un muchacho, rasurado o con barbas de capuchino. ¡A mí lo mismo me da!



Una salita regularmente puesta..., o bien puesta. Yo digo que regular para que no haya complicaciones. La acción en Madrid... o en Alicante ¡Donde les coja más cerca...! Es de día... o de noche. ¡Eso como quieran! Derecha e izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PRESENTACIÓN hace labor, que es la manera que tienen las señoras de no hacer nada. Y SUSITA, que lee una novela, y con eso ya cree que hace algo.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Ay, cómo está todo, hija!

SUSITA. *(Que, como de costumbre, no está en nada.)*—¿Todo el qué, mamá?

DOÑA PRESENTACIÓN.—Los trajes, el carbón, la fruta...

SUSITA.—¡Ah, sí...! *(Lo mismo podía haber dicho: ¡ah, no...!, pero el caso es que dice: ¡ah, sí...!*

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Yo no sé a donde vamos a parar!

SUSITA.—Ni nadie.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Cada día hace falta más fortuna para sostenerse en el mismo rango.

SUSITA.—Más, sí.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Se lo digo siempre a tu padre: ¡esto va a ser una ruina, Emilio!

SUSITA. *(Considerando que, si se lo dice al padre, ya no es de gran necesidad que se lo diga a la hija.)*—Está muy bien que se lo digas.

DOÑA PRESENTACIÓN.—En un año han vuelto a doblar los precios. *(Suspira, y luego, sin darse cuenta de que colabora con García Alvarez.)* Y, claro, también nos doblan a nosotros.

SUSITA.—Es horrible, sí..., pero yo creo que bajarán muy pronto.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Por qué lo crees?

SUSITA. *(Que no tiene motivo para creer nada, pero que no quiere abrir discusión sobre la base quinta del problema de las subsistencias.)*—Por... ¡Ah, mamá! ¿Sacásteis ya el abono del Real, en la Zarzuela?

DOÑA PRESENTACIÓN.—No. Ahora la Zarzuela va a ser el Real. ¡La pobre ópera anda, como un vecino cualquiera, preocupada con la cuestión del inquilinato!

SUSITA.—Pero ¿sacásteis el palco?

DOÑA PRESENTACIÓN.—No... He mandado arreglar la radio por si acaso.

SUSITA.—¡Mamá! ¡Sería una vergüenza!

DOÑA PRESENTACIÓN.—No tanto, no tanto. Sería sensible nada más.

SUSITA.—¡Van a creer que estamos arruinados! ¡Imponte, mamá! Y que mañana mismo vayan, con urgencia, a sacarlo.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Con urgencia, no..., con dinero.

SUSITA.—¿Es que no lo tenemos?

DOÑA PRESENTACIÓN.—No lo ha escatimado nunca para nosotras, y cuando hoy lo regatea, sus razones habrá.

SUSITA.—¡Total, no es ninguna millonada!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Si fuera eso únicamente, claro que no sería dificultad muy grande, ¡pero es todo, hija, todo! Y yo no puedo imponerle a tu padre un gasto supérfluo, sabiendo el agobio de muchos indispensables.

SUSITA.—¿Pero tan mal estamos?

DOÑA PRESENTACIÓN.—No, criatura, no. Estamos con las mismas rentas y con los mismos ingresos por el trabajo de tu padre que siempre hemos tenido.

SUSITA.—¡Entonces!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Entonces, es que tú vienes a ser uno más de los que no acaban de darse cuenta de las cosas, y se

figuran que hay manera fácil de hacer con diez lo que ahora cuesta veinte. No es que nosotras hayamos disminuído en nada, es que aumentó el coste de todo... y eso nos distancia irremediablemente.

SUSITA. *(Pensativa.)*—Claro...

DOÑA PRESENTACIÓN.—Hay que pensar en esto hoy, Susi..., y pensarlo más aún para mañana.

SUSITA.—¡Ya lo pienso, ya!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Por consecuencia, si lo puede hacer, que lo haga; si le ha de causar un sacrificio y quizás una complicación ¡no seré yo quien le diga ni una palabra!

SUSITA.—Ni yo.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Eso es lo razonable y lo digno.

SUSITA.—Conformes.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Pues a no hablar más de ello... ¡y a pensarlo, Susita, a pensarlo!

SUSITA.—Pensaremos... ¡qué remedio! *(Una pausa breve.)*

ESCENA II

DICHAS: PACORRO.

PACORRO.—Buenas tardes, tía Presentación.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Hola, Pacorro.

PACORRO.—¿Y tú, Susi?

SUSITA.—¡Dichosos los ojos que te ven, hombre!

PACORRO.—Ando muy ocupado.

SUSITA.—¡Se sabe, se sabe!

DOÑA PRESENTACIÓN. *(Riñendo.)*—¡Susi!

SUSITA.—¡Y cómo serán tus ocupaciones, que sólo por decir que se saben ya riñe mamá!

PACORRO.—Habladurías. No me las doy de santo, pero yo os aseguro que me falta muchísimo para demonio.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Pues procura que aún te falte más.

PACORRO.—Por ese camino voy, tía.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Mejor para ti.

SUSITA.—¿Qué buen viento te trae, Pacorro?

PACORRO.—Viento sí es... ¡Bueno, ya lo veremos!

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Qué pasa?

PACORRO.—Vengo a celebrar una conferencia trascendental con esta señorita.

SUSITA.—¿Trascendental y conmigo? ¿No te habrán dado las señas equivocadas?

PACORRO.—Con doña María Jesús del Alamo.

SUSITA.—Servidora.

PACORRO.—Prima hermana de don Pacorro... vamos, de don Francisco de Guzmán y del Alamo.

SUSITA.—Servidora otra vez.

PACORRO.—¿Hay duda todavía?

SUSITA.—Ninguna. Conferenciemos.

PACORRO.—Calma, calma. Primero es menester que obtengamos la venia materna.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Os estorbo yo?

PACORRO.—¡No, señora, nunca! ¡Pero en esta conversación sería admirable que se distrajera usted alguna vez!

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Vas a disparatar?

PACORRO. *(Compunjido.)*—Sí, señora.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Pacorro!

PACORRO.—Y lo que es peor, muy en serio. En cuanto me vea usted ponerme muy grave, muy grave... ¡no marra, tía! ¡pun! ¡disparatón!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Pues si ya lo sabes, evítalos.

PACORRO.—¡¡No puedo!! Lo esencial de la conferencia está precisamente en que desatinemos.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Los dos?

PACORRO.—Sí, señora.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Ay, no!

SUSITA.—Si es preciso...

PACORRO.—Indispensable.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡No, tú no, Susi!

PACORRO.—Déjela disparatar. ¡No le quite usted la espontaneidad, señora!

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡No, ella no!

PACORRO.—Y al final, probablemente... ¡seguramente! dispararemos los tres.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Yo también?

Pacorro.—También.

Doña Presentación.—¡Ay, yo no!

Pacorro.—Usted lo verá...

Doña Presentación.—¿Pero que va a ser esto, Dios mío?

Pacorro.—Eso digo yo. ¿Qué va a ser esto? Y desde hace cho días que lo vengo cavilando a todas horas ¡no doy con que va a ser, tía Presentación!

Doña Presentación.—¡Pues habla de una vez, que me tiees ya intranquila!

Susita.—Nos... nos tienes.

Pacorro.—Vamos allá.

Doña Presentación.—¿Trabajo?

Pacorro.—Discretísimo.

Susita.—¿Leo?

Pacorro.—Para lo que te vas a enterar... ¡lee, lee! ¡Bueo! Cuestión preliminar. ¿Tienes novio, Susita?

Susita.—¿Hay que responder?

Pacorro.—Es la base de todo.

Susita.—Pues, la verdad. Tengo algo.., muy poquito... Una osa así como cincuenta céntimos de novio.

Pacorro.—Magnífico. Yo también poseo una participación morosa, pero aún menor que la tuya... unos treinta céntiios... ¡ni eso! Un cuproníkel de amor.

Susita.—Nada.

Pacorro.—Nada. Y no porque no sea guapa, que es una muer hermosísima, con una línea escultural y unas curvas maavillosas.

Doña Presentación.—¡Adelante!

Pacorro.—Adelante también, sí, señora.

Doña Presentación.—¡Que no detalles!

Pacorro.—¡Ah...! muy bien. Es que no me interesa tal iujer.

Susita.—Ni a mí tal hombre.

Pacorro.—Entonces ya podemos seguir la historia. Estuve hora, recientemente, cuatro semanas en la finca de la maruesa del Alamo Florido.

Susita.—La tía Antonia.

PACORRO.—La tía Antonia.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Cómo está?

PACORRO.—Arrugadita como una pasa... pero bastante bie de salud. Y con ella me ocurrió el lance que ahora me oblig a venir a veros. Una tarde me pescó a solas, confesándom por fin, su atrevido pensamiento.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¿Qué dices?

SUSITA.—¿Pretende que te cases?

PACORRO.—Sí.

SUSITA.—¡Con ella!

PACORRO.—No. Contigo.

SUSITA.—¡Atiza!

PACORRO.—Ese atizamiento es muy satisfactorio para mí.

SUSITA.—Es decir, sencillamente, que ni a ti ni a mí se n ha ocurrido jamás semejante idea. Nos queremos bien, con afecto de parientes, pero ni más ni menos.

PACORRO.—Eso es. Eres muy guapa y muy simpática...

SUSITA.—Y tú también muy simpático...

PACORRO.—Los dos simpatiquísimos, pero sin pensar, ni r motamente, en nada que se pareciera a boda ni a noviazgo.

SUSITA.—Exacto.

PACORRO.—Y haciendo de ti la ausencia que mereces p tus buenas cualidades, así se lo dije a la tía Antonia, con to respeto y con toda consideración, pero con toda claridad

SUSITA.—Lo mismo se lo hubiera dicho yo.

PACORRO.—Estoy seguro.

SUSITA.—Y claro, ahí se acabó el asunto.

PACORRO.—Al revés: ahí empezó.

SUSITA.—Gana de perder el tiempo.

PACORRO.—Ahora lo veremos. La tía Antonia no se da p vencida y me dice: "Mira, sobrino, yo voy para vieja...—e tuvo modestísima...—no tengo marido ni hijos...—estu exactísima en eso—y los únicos sobrinos carnales sois vos tros, Susita y tú. Os quiero a los dos con igual cariño y l formado, hace ya mucho, el propósito de que toda mi fortu pase a vosotros al morirme yo."

DOÑA PRESENTACIÓN.—Pues que reparta.

PACORRO.—Eso le propuse, agradeciéndole en nombre de los os su cariñosa buena voluntad y añadiendo, como era justo, ue no se preocupara de la igualdad al repartir, y en toda uda te favoreciera a ti.

SUSITA.—Lo mismo le hubiera indicado yo para ti.

PACORRO.—Lo creo firmemente. Pero la tía Antonia me re-licó: "No puede ser eso, Pacorro, aunque a ti te parezca muy ácil, juzgando las cosas con un poquito de ligereza. Dinero y apel del Estado, sencillísimo de adjudicar. La casa de Ma-rid, la que fué de mis abuelos, de mis padres, y en la que ací y confío morir, no quiero que se venda."

DOÑA PRESENTACIÓN.—Tiene razón.

PACORRO.—"El marquesado que llevo, la gloria y el premio le mis antepasados, que es además un legítimo orgullo nues-ro, no quiero que pase a ti, quedándose Susita sin él, ni quie-o que lo herede Susita y te quedes sin él tú."

DOÑA PRESENTACIÓN.—Tiene razón...

PACORRO.—"Si tuvierais otros compromisos... u otros amo-es me resignaría, a la fuerza. Pero si no hay quien os aparte, si ella es guapa y es buena, si tú eres bueno y eres guapo..." ¡¡Lo dijo la tía Antonia, eh!!

DOÑA PRESENTACIÓN.—No ha mentido.

PACORRO.—Mejor. Y terminó diciendo: "No creo que, en esas condiciones de ambos, pueda haber dificultades ni os im-ponga nada que no sea muy grato. Casaos, pues. Si no os ca-sáis, ya pensaré lo que resuelvo. A uno todo... o a los dos... o haré mandas de Beneficencia. En fin, ya veremos." ¡Com-prenderéis que el *ya veremos* lo traigo clavado en el corazón!

SUSITA.—Y a mí se me está clavando ahora.

DOÑA PRESENTACIÓN.—A todos, hija, a todos. ¡Es muy gra-ve esa resolución!

PACORRO.—Por consiguiente, vamos a echar las cartas sobre la mesa ¡y juego limpio! O casarnos... o ir a la eventualidad de la última idea de esa buena señora.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Eventualidades, no! Prefiero pagar derechos a la Hacienda.

PACORRO.—Para mí no es ningún mal buche el terminar m vida de soltero con una mujer encantadora.

SUSITA.—Ni para mí con un muchacho tan agradable.. ¡pero casarnos sin querernos...!

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Pero también perder esa fortuna.. Yo digo lo que Antonia: si os creéis incompatibles... ¡deja lo! Primero es vuestra felicidad. Si no hay un obstáculo i superable, ¡pensadlo, hijos!

SUSITA.—Es caso de conciencia. Micifuf...

PACORRO.—Caso de conciencia. Zapirón. ¿Nos comemos asador?

SUSITA.—Ahí está lo duro de roer.

PACORRO.—Yo quiero mucho a Susita ¡pero como a una he mana!

SUSITA.—Yo también a Pacorro ¡pero como a un herman

PACORRO.—En estas circunstancias—bien meditado por m el pro y el contra—me permito presentar a ustedes una pr posición previa.

SUSITA.—Venga a ver...

PACORRO.—¡Hay que casarse, Susita!

SUSITA. *(Suspirando.)*—¡Ay...!

PACORRO.—Pero hay que conservar nuestra libertad.

SUSITA.—¡¡Ay...!!

PACORRO.—Escucha, pues, mi proposición, prima Susi. N casamos para el mundo y especialmente para conocimiento la tía Antonia; pero desde el primer momento vivimos en h bitaciones separadas y tratándonos exclusivamente como he manos.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Eso sí que es ser primos.

PACORRO.—No, señora. Eso es resolver a un tiempo las d dificultades. Conservamos nuestra independencia... y cuan Dios disponga de la vida de la tía Antonia nos repartim equitativamente la fortuna, nos descasamos—facilísimo con matrimonio no consumado—y cada cual sigue después el ru bo de sus inclinaciones.

DOÑA PRESENTACIÓN.—¡Eso es un desatino!

PACORRO.—Ya lo anticipé. Sólo que me parece aún mayor

e obligar a esta pobre criatura, tan buena y tan preciosa, a nirse indisolublemente a un hombre que no le puede intereur mucho ni poco ¡ni nada!

SUSITA.—¡Tiene razón Pacorro! Y a mí también me parece ue sería una mala acción, de mi parte, el aprovecharme de is circunstancias para obligar a un hombre, tan leal y tan aballero, a unir la suerte suya con la de una mujer tan ingnificante como yo.

PACORRO.—¡Eso si que no!

SUSITA.—Ya sé que lo soy...

PACORRO.—Pues te equivocas, que merecer, te lo mereces odo.

SUSITA.—¡Tú!

PACORRO.—¡Y tú!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Bueno, los dos. ¡En mi vida he visto ente más fina para tratar una cuestión más escabrosa!

PACORRO.—Y como lo que yo indico armoniza bien todos os puntos, con la ventaja de no comprometer en nada tu orvenir..., ¡tú dirás!

SUSITA.—Contigo estoy segura de ir amparada...

PACORRO.—Eso, ni dudarlo, ¿verdad?

SUSITA.—Ni dudarlo. Acepto, Pacorro.

PACORRO.—Gracias, Susita.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Despacio, despacio. No se puede resolver esto sin consultarlo antes con personas doctas.

PACORRO.—¡No, no! ¡Poner anuncios, no!

DOÑA PRESENTACIÓN.—Bien, ¡lo he de hablar con mi marido!

PACORRO.—¡Claro! Es que como dijo usted con personas octas, me despistó un poco...

SUSITA.—Con papá, es natural que se cuente...

PACORRO.—Muy conforme. Y cualquiera que sea la resoluión que adoptéis en definitiva, conste ya que te quedo prorundamente agradecido al honor que me haces de confiarte ı mí.

SUSITA.—Yo a ti, Pacorro.

PACORRO. *(Abrazándola largamente, pero con nobleza.)*—Y e prometo que no te arrepentirás nunca de haberte confiado.

SUSITA. *(Abrazándole.)*—Lo sé, lo sé. Por eso no he vacil do en aceptar.

DOÑA PRESENTACIÓN. *(Disimulando.)*—No sé si debo ent rarme... Para primos, es mucho; para hermanos, no es nad ¿Qué hacer, Dios mío? Por de pronto, haré labor...

PACORRO. *(Desprendiéndose ahora y besándole la mano.)* Gracias, Susita. Mañana vendré a conocer la respuesta tu padre.

SUSITA.—Ven, sí.

PACORRO.—Adiós, tía Presentación.

DOÑA PRESENTACIÓN.—Adiós... ¿sobrino, hijo? ¡Adi hombre!

SUSITA.—¡Hermano, hermano!

PACORRO. *(Volviendo.)*—¿Qué, hermana?

SUSITA.—Se me olvidaba una cosita...

PACORRO.—Tú dirás.

SUSITA.—Hará un mes que hemos traído un perrito de calle. Nos dió lástima, por abandonado y por hambriento. a ti no te gustan los perros...

PACORRO.—Por mí no hay dificultad ninguna. Prohijo al ca

SUSITA.—Gracias. Ah, oye. En casa tenemos unos criad muy antiguos, a los que he tomado afecto...

PACORRO.—Pues no hay dificultad. Que se queden los criad

SUSITA.—Gracias, Pacorro. Y...

PACORRO.—¿Y qué...?

SUSITA.—Si como a los criados..., como al perrito... que algo menos que tú...

PACORRO.—¡Gracias!

SUSITA.—De tenerte a mi lado llegará algún día a tomar cariño también...

PACORRO.—¡De hermano!

SUSITA.—De... de lo otro.

PACORRO.—Ah...

SUSITA.—¿Ah, qué?

PACORRO.—¡Que no habría dificultad tampoco! ¡Al co trario!

SUSITA.—Es una previsión...

PACORRO.—Muy en su punto. ¡Hay que prevenirlo todo en tos trances! Hasta mañana.

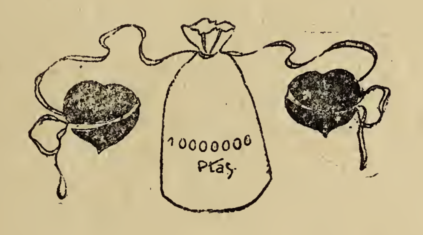
SUSITA.—¿Por qué no vienes esta noche?...

PACORRO.—No hay dificultad. Hasta la noche, hermana.

SUSITA.—Hasta la noche, hermano. *(Se miran, ríen y mu- Pacorro.)*

DOÑA PRESENTACIÓN.—Mientras no se casen, ¡a estos her- anos no los pierdo de vista ni un minuto!

TELON



CRISTOBALON

Puse toda mi alma en esta obra, y tanto como en la obra entera pongo en esta línea que dice

A PEPE LINARES RIVAS.

REPARTO

<table>
<tr><th></th><th>DE LA HABANA</th><th>DE MADRID</th></tr>
<tr><td>Sabela............</td><td colspan="2">Carmen Jiménez.</td></tr>
<tr><td>Monta n'a escoba..</td><td colspan="2">Leocadia Alba.</td></tr>
<tr><td>Piuca ....</td><td>C. Ponce de León.</td><td>— G. M. Sampedro.</td></tr>
<tr><td>Marica e media ...</td><td>V. Alvera.</td><td>— Pérez.</td></tr>
<tr><td>Una mujer........</td><td>Ponce.</td><td>— M. M. Sampedro.</td></tr>
<tr><td>Mujer 1.ª.........</td><td>V. Alverá.</td><td>— Rita Lozano.</td></tr>
<tr><td>Una rapaza.......</td><td colspan="2">Carmen Cuevas.</td></tr>
<tr><td>Juana............</td><td colspan="2">Elisa Méndez.</td></tr>
<tr><td>Cristobalón ....</td><td>Emilio Thuiller.</td><td>— F. Hernández.</td></tr>
<tr><td>Manolo...........</td><td>J. Montijano.</td><td>— J. Soler-Mary.</td></tr>
<tr><td>Lucas ....</td><td colspan="2">Salvador Mora.</td></tr>
<tr><td>Cadaval ....</td><td>F. Fuentes.</td><td>— J. Espantaleón.</td></tr>
<tr><td>Pacorro ....</td><td colspan="2">José Balaguer.</td></tr>
<tr><td>José..............</td><td colspan="2">Miguel Gómez.</td></tr>
<tr><td>Gerardo...........</td><td colspan="2">Federico Gonzálvez.</td></tr>
<tr><td>Plácido...........</td><td>J. Pacheco</td><td>— José Mora.</td></tr>
<tr><td>Antonio ....</td><td>C. Muro.</td><td>— J. Velázquez.</td></tr>
<tr><td>Mendigo ....</td><td>C. Muro.</td><td>— Amiach.</td></tr>
</table>

Mozas y mozos.
Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

SE SUPLICA NO DAR ACENTO.



ACTO PRIMERO

La ermita de San Benito, en Mircoin (Anceis-La Coruña). En un muro lateral hay un agujero practicable y capaz para personas de mediana corpulencia. Arbeles y campo. Es en agosto, por la mañana.

ESCENA PRIMERA

PLÁCIDO y otros DOS MENDIGOS, en el pórtico. MARICA E MEDIA, otra pobre, sale de la ermita.

MARICA.—Buenos días todos.

MENDIGA.—Buenos nos *dea* Dios. ¿En qué van *os* oficios, *ti, Marica e media?*

MARICA.—¡Van en el rayo que te parta!

PLÁCIDO.—No *pelearvos...*

MARICA.—¿Es que no tengo nombre?

MENDIGO.—*Tés, muller, tés.*

MARICA.—Pues que me llame por él.

MENDIGA.—Tiene razón, doña María. Disimule de esta vez...

MARICA.—Bueno...

MENDIGA.—¿Estará llena la ermita?...

MARICA.—Llena, que no da respiro. *¡Le hay* mucha devoción a este San Benito milagroso!

PLÁCIDO.—Y no hay que pelearse, que con el enfado *vais perder* las indulgencias..., y *más puede* que *vos* entren los demonios, que hoy andan sueltos buscando cuerpos donde meterse.

MARICA.—¿Pero *ya le es* verdad eso del todo, señor Plácid
PLÁCIDO.—¡¡Y no ha de ser, empecatada!!
MARICA.—No se lo niego, que yo le creo mucho, much
pero creérmelo todo, todo..., ¡háceseme cuesta arriba!
PLÁCIDO.—Porque no discurres con la cabeza. ¿Es verd
o no es verdad que hay poseídos?
MARICA.—¡Eso quién lo duda!
MENDIGA.—¡Ni los herejes!
PLÁCIDO.—¿Es verdad o no es verdad que pasando hoy p
ese agujero y escuchando después toda una misa de rodill
San Benito hace salir los demonios del cuerpo?
MARICA.—¡Ni que decir, de verdadero que es!
PLÁCIDO.—Bien. Y si salen, ¿adónde van?
MARICA.—Al infiierno otra vez.
PLÁCIDO.—¡No son tan bobos!
MARICA.—Y luego, ¿adónde?
PLÁCIDO.—Van a buscar otro cuerpo de persona que es
en pecado, y por allí se cuelan tan a gusto.
MENDIGA. *(Persignándose.)—¡Jasús* me valga, amén!
MARICA.—También *le* hay endemoniados que no fueron p
cadores.
PLÁCIDO.—También, sí, señora; pero esos son los que t
caron en la carne de algún poseído. Los demonios, cuando
mayor les da licencia para entrar en una persona, pued
pasearse por toda ella, pero sin salir del cuerpo. Y cuan
otra persona toca carne con carne, le da la mano, por ejer
plo, entonces se hace puente de carne y el demonio pasa
una a otra, si quiere.
MENDIGO.—Por eso mandan que no se toque a ninguno.
MENDIGA.—Por eso.
MARICA.—¿Y ya es tal como lo dicen?
PLÁCIDO. *Talmente.* Lo he visto yo en Lugo, a la puerta
Nuestra Señora de los Ojos Grandes. Fué a entrar una viej
y los demonios, de rabia, tiraron con ella al suelo.
MENDIGA.—¡Mucho pueden!
MENDIGO. *Muchismo.*
PLÁCIDO.—Un buen señor, sin saber que era poseída, le d
la mano para levantarla..., y de *seguidita,* pero de *seguidit*
el buen señor empezó a gritos y a saltos y a echar espuma..
y la vieja quedó salva y tranquila.
MARICA.—Y de aquélla, ¿usted lo vió?
PLÁCIDO.—Con mis ojos. El señor era uno de Padrón, qu
le llamaban don *Ugenio...*, ¡y no hubo médico que le acertar
después!
MARICA.—*Médecos, médecos...*, ¡déjeme a mí de *médeco*
que no saben una patata!

PLÁCIDO.—Ni media tampoco. A uno que tenía *itiricia*—de se mal que deja amarillo—le gastaron los miles comprando una cosa que le llaman *mirametropina...*, que yo mismo se la llevé dos veces de La Coruña..., ¡y como si no! Hasta que se dejaron de boberías y fueron en peregrinación a la Esclavitud.

MARICA.—Y entonces curó.

PLÁCIDO.—No sé..., porque no lo volví a ver. Pero no hay duda, que las enfermedades las da Dios y no las van a quitar los hombres.

MARICA.—Mucho sabe usted, señor Plácido...

PLÁCIDO.—De años que uno tiene y de correr tierras. Aquí donde me veis, he pedido en todas las catedrales del reino de Galicia y más en la de León y en la de Burgos..., y con la gente que va por las catedrales... ¡se pega sabiduría, aunque uno no sea nada!

ESCENA II

DICHOS; UNA MUJER que entra de rodillas, con una muchacha, que trae una figurita de cera.

MARICA.—Mire, mire...

PLÁCIDO.—Uno más que viene hoy a cumplir promesa.

MARICA.—¿No será enferma?

PLÁCIDO.—Es sana, que trae exvoto. *(Adeantando a ella.)* San Benito mire por la doliente.

UNA MUJER.—Ya miró. Para dos años van que hizo el milagro, y por tres más he de venir arrodillada desde Altamira.

PLÁCIDO.—Le hay su buena legua...

UNA MUJER.—Mis rodillas lo saben, que en llaga vienen; pero el corazón rebrinca de contento.

PLÁCIDO.—Bien hace en los dos haceres, que es ley agradecer. Y no se olvide de los pobres, que pobre fué San Benito, y siendo ya Rector de su Rectoral empleábase por humilde en los menesteres más bajos. Y ahora está en la gloria, y allí nos lleve a todos si de ello es bien servido, amén.

UNA MUJER.—Dales limosna, Maruja. Y recen por mí...

PLÁCIDO.—Ahora mismo ha de ser. *(Mutis por la ermita Una mujer y Maruja. Los mendigos, que la ayudan a caminar, entran también.*

ESCENA III

LUCAS y PACORRO, que vienen por la izquierda silenciosos y cariacontecidos.

LUCAS.—¿De manera que has visto al Manolo?

PACORRO.—Y más a otros de Cambre.

LUCAS.—Pues lo dicho. Volver las espaldas y salir a bue paso en cuanto caiga la noche.

PACORRO.—Es una vergüenza, Lucas.

LUCAS.—Es, Pacorro. Pero quedarse también es vergüen za..., y encima palos. Suma... y tu dirás.

PACORRO.—Lo que digo es que, si el Cristobalón quisiera, lo de Oleiros *mallabamos* pronto en las costillas de los d Cambre.

LUCAS.—Sí que les pegábamos pronto, sí..., pero Cristoba lón no quiere. Ya sabes cómo es... Mucha fuerza, que no ha hombre que le iguale; mucha alma en los peligros, que ya l probó cuando el fuego de la iglesia y cuando se escapó de l jaula aquel eso que traían los de Asturias, y que Cristóbal l ahogó con las manos nada más. ¡Y aún reía cuando lo aho gaba, llamándole flojo y cobarde...! ¿Te acuerdas?

PACORRO.—Ya *acuerdo*, ya. Pero con hombres no pelea...

LUCAS.—*Acuerda* otra vez, Pacorro. La noche de la Past riza, hará cuatro veranos éste, porque Juan del Burgo le falt de tocamientos a la Sabela..., pues lo cogió del cuello y de lo calzones, salva sea la parte..., y lo tuvo por fuera del puent no sé cuántos minutos, que si la Sabela y todos no le suplica mos, a la ría del Burgo tira con él.

PACORRO.—Lo contaron.

LUCAS.—Y yo lo vi, como te veo. Cuando lo tenía en el air y Juan pataleaba y blasfemaba, que mismo era un espant Cristobalón aún se reía... diciéndole: "Vaya, hombre, que p sáis bien poco tú y tus canalladas..."

PACORRO.—También contaron eso...

LUCAS.—Y después, aquel hombrón y aquel metemiedos, par llevar en brazos a la Sabela, que se nos desmayara..., ¡pue no sabía por dónde cogerla, y se le caían las gotas de sudo como si llevase a cuestas un carro con yunta y todo!

PACORRO.—Pesa mucho una mujer, Lucas.

LUCAS.—Una mujer, no; un amor, sí...

PACORRO.—Pues con la Sabela no fué a muy felices.

LUCAS.—Por eso que te digo. Con toda su fuerza y con to su coraje no pasa de ser un bobalicón, porque no se atreve declararse y se pone colorado cuando ellas le hablan...

PACORRO.—Es simple de más.

LUCAS.—Y todas se le cansan de aguardar. La Sabela tam bién se le cansó, aunque gustaba de él... Eso, con las muj res; y con los hombres no se mete con nadie, porque tiene mi do..., miedo de ahogarlos, como al oso.

PACORRO.—Es buena lástima que no tenga el ánimo de p leas, porque habíamos de tomar un desquite que sonara...,

ealmente ya es mucho pegar el que nos peguen en todas las omerías!

LUCAS.—Y algunos domingos sueltos...

PACORRO.—¿Y si le pincháramos de firme en el genio?

LUCAS.—Como si pincharas en algodón.

PACORRO.—¡Qué lástima, Lucas! ¡Qué lástima!

LUCAS.—Pero no le hay compostura contra de esos genios pagados.

ESCENA IV

DICHOS; MANOLO, por la derecha.

MANOLO.—Buenos días los hombres de Oleiros.

LUCAS. *(Que se intranquilizó: sonriendo.)*—Buenos para los e Cambre, Manolo.

MANOLO.—Y buenas noches.

PACORRO.—Aún es temprano para eso...

MANOLO.—Para mí, no. Por mucho día que sea, estoy penando ya en la noche, que es cuando uno se divierte de veras on las rapazas, que siempre las hay..., y con los hombres, unque a veces no los hay por estas aldeas.

LUCAS.—No sé para qué vienes cfendiendo, Manolo, que nalie te dijo cosa mala hasta lo de ahora.

PACORRO.—Nadie.

MANOLO.—¿Es mentira lo que dije?

LUCAS.—La suerte no va siempre con la misma cara.

MANOLO.—Entonces... ¿de anochecido probamos a ver?

LUCAS.—¿Y no te irá mejor el divertirte en paz, ya que ninguno te lo priva?

MANOLO.—¿Os da por mansiños? Bien. Como *querades*... Vaya, buenos días los hombres de Oleiros. *(Mutis por la izquierda.)*

LUCAS.—Buenos días a los de Cambre.

PACORRO.—¡Es una vergüenza, Lucas!

LUCAS.—Regular...

PACORRO.—¡Ay, si Cristóbalón quisiera!

LUCAS.—¡Habían de comer tierra esos cochinos! Pero no quiere...

PACORRO.—¡Qué lástima, Lucas!

LUCAS.—¡Qué lástima, Pacorro!

ESCENA V

LUCAS, PACORRO; por la izquierda, JUANA y JOSÉ, cogidos de la mano.

PACORRO.—¡Hola, José... y la compañía!

JOSÉ.—¡Hola!

LUCAS.—¿Cuándo es?
JOSÉ.—Mañana...
LUCAS.—¿Para Buenos Aires?
JOSÉ.—Para Buenos Aires.
LUCAS.—¿Entonces, la última romería, ¿eh?
JOSÉ.—Hasta la vuelta, si Dios quiere y la Peregrina.
PACORRO.—Y el Antón, ¿marcha o no marcha?
JUANA.—Me le parece que no... Los papeles ya están de pachados; pero el agente no los suelta sin cobrar los trein y dos duros del embarque.
LUCAS.—¿Y no alcanza?
JUANA.—No alcanza.
JOSÉ.—Han vendido hasta el mantón de la madre...
LUCAS.—¡Válgame quien me valga! Y tú ¿cuándo piens volver?
JOSÉ.—En lo que logre tres mil pesetas. Volver, casarr por ésta, y también por los dos hijos..., y luego otra vez al
LUCAS.—Mucha pobre viuda de vivo se queda.
JOSÉ.—Echa cuenta... Sesenta y tres vamos..., pues sese ta y tres viudas.
JUANA.—¡Y a ver los que volverán!
JOSÉ.—Todos. Por la voluntad ni uno falta... y el que falt habiendo ley aquí de algo, es que allá se lo comió la tierra.
LUCAS.—Ya sé que hay formalidad...; pero, sin embarg a mi parecer, debías casarte antes de marchar, José.
JOSÉ.—No le es costumbre..., y puede que no *estea* bi mirado.
LUCAS.—Puede que no...
JOSÉ.—Pero que ninguna pase miedo, que todos volvem y cumplimos.
PACORRO.—Así es la verdad.
JOSÉ.—Pues entonces... Anda, Juana, un rezo a San Ber to... y a divertirse, que poco nos queda.
JUANA. *(Llorando.)*—Vamos a divertirnos, vamos... *(Mut José y Juana por la ermita.)*

ESCENA VI

LUCAS, PACORRO; por la izquierda, MUJER 1.ª, CADAVAL y la RAPAZA.

MUJER 1.ª—Anda, rapaza anda; que *agora* vas a ver el f de tus males.
CADAVAL.—Anda, hija...
RAPAZA. *(Con su escapulario.)*—¡No puedo! ¡Parece qu me *arrempujan* para atrás!

CADAVAL.—Son los enemigos que se defienden; pero ya no s vale.
RAPAZA.—¿Y curaré, *miña nai?*
MUJER 1.ª—Curarás, *filliña.* Anda a pasar pronto por el gujero.
RAPAZA.—¿Y se irán los demonios de mi cuerpo?
MUJER 1.ª—Todos, *filliña,* todos. Ven...
RAPAZA.—*¿E vou* a entrar de cabeza?
CADAVAL.—Claro.
RAPAZA.—¡Se me van a ver *as pernas, miña nai!*
MUJER 1.ª—¿Quién repara?
RAPAZA.—*Aquelos homes.*
MUJER 1.ª—*Non fagas* caso.
RAPAZA.—Dígales que no miren.
CADAVAL.—Eh..., vostedes... Fagan favor de no mirar, que da reparo vergonzoso a la rapaza.
LUCAS. *(A Paco.)*—Se ve que es nueva la pobriña...
RAPAZA.—Miran mucho...
MUJER 1.ª—No te apures, que yo cuidaré de las faldas.
CADAVAL.—¡Anda de una vez!
RAPAZA.—No voy caber, que el burato es muy pequeño y o tengo cosas bastante grandes.
MUJER 1.ª—Aguanta un poco, que es por la *salú.*
RAPAZA. *(Llorando.)*—¡Ay, que no puedo!
CADAVAL.—Vamos verlo.
MUJER 1.ª—Entra sin miedo.
CADAVAL.—Entra *filliña.*
RAPAZA. *(Chillando.)*—¡Ay, Dios mío!
CADAVAL.—¡Empuje, comadre!
MUJER 1.ª—¡Ya empujo, ya!
RAPAZA.—¡Ay, que me matan!
CADAVAL.—*¡Dea* firme, que es por su bien!
MUJER 1.ª—¡Doy firme, doy!
RAPAZA.—¡Ay, que muero de ésta!
CADAVAL.—¡Empuje, comadre!
MUJER 1.ª—¡¡Ahí va!! *(Entra, por fin. Mujer* 1.ª *y Cadaval mutis rápido por la iglesia.)*
LUCAS.—Pues no tenía razón para esconderlas tanto, que stán muy bien hechitas...
PACORRO.—Bastante bien hasta donde se alcanzó. *(Llamando.)* Ou, tú, Cristobalón..., ven con los amigos.

ESCENA VII

Lucas, Pacorro; Cristobalón, por la izquierda.

Cristóbal.—Ya vengo...

Lucas.—No hay motivo para apartarse, que los hombr te aprecian y las mujeres te dan buena cara.

Cristóbal.—La que tienen.

Lucas.—Eso, desde luego..., y además algún mirar y a gún reírse, que si tú quisieras entenderlo...

Cristóbal.—Malicias vuestras.

Lucas.—La Piuca, la del Mesón, te bebe los aires.

Cristóbal.—No sé... Pero aun estando sabedor, como no voy casarme con ella, no la puedo mirar.

Pacorro.—¿Por eso?

Cristóbal.—Hay quien lo hace, ya lo sé; pero esos s malos hombres.

Lucas.—¡Válgame Dios, qué fraile se ha perdido la fra lería!

Cristóbal.—Tampoco va la verdad por ese camino. Es q a mí no me apetecen todas.

Pacorro.—Y con la del gusto no te mueves...

Cristóbal.—Mientras no sepa si corresponde o no corre ponde...

Lucas. ¿Cuántos siglos llevas en averiguarlo?

Cristóbal.—Os suplico que no habléis de eso...

Lucas.—Pues de otra cosa. ¿Vienes hoy con nosotros parranda? No eches la disculpa del trabajo, que una noc se pasa bien el molino sin el molinero, y por un ferrado maíz que te llevarían ya pueden aguardar una fecha más.

Cristóbal.—No digo que no puedan...; pero hoy *dispe saredes.*

Pacorro.—¡Ya es hasta un avergonzarse, hombre, q siempre hurtes el cuerpo a los palos!

Cristóbal.—¿Y para qué los buscáis vos?

Lucas.—Si no somos *nos,* que son ellos. Ahora mismo a daba el Manolo desafiando y más insultando... ¡que se le ca a uno los ojos al suelo, hombre!

Pacorro.—Y si tú fueras como debías ser, no se iba Manolo a las Américas sin llevar las señales de tus mano que las tiene muy ganadas, ¿eh?; pero muy ganadas.

Cristóbal.—¿Por qué?

Lucas.—Porque se burla de ti.

Cristóbal.—A espaldas de uno, la burla no es nada.

Pacorro.—¿Nada?

Cristóbal.—Nada, Pacorro.

Lucas.—Tus razones tendrás para *tantisma* paciencia con se burlador.
Cristóbal.—Lo que no tengo es ninguna para buscarle elea..., y tontamente no voy contra él ni contra nadie.
Lucas.—Ya te lo dije de primeras; es pinchar en algodón. Bueno; ¿vienes para la ermita? Andaremos junto de las mozas... a darles unos pellizquitos, que hoy, aunque chillen, las toman por endemoniadas.
Cristóbal.—Eso está muy feo, Lucas.
Lucas.—¿Feo? Vaya, vaya; tú eres como el arroz con leche: ni sopa ni postre.
Cristóbal.—Pues no deseo cambiar.
Lucas.—Allá tú. Púdrete por donde quieras. Vamos, Pacorro... *(Pacorro señala a Sabela, que viene por el foro. Cristóbal mira también.)*
Pacorro. *(Aparte a Lucas.)*—¡Parece mentira, Lucas!
Lucas.—¡Mentira parece, Pacorro! Pero en estas cosas de hombres y mujeres, las mentiras salen siempre verdad...
Pacorro.—Por mí, que le salgan... *(Mutis los dos por la ermita, riéndose y cuchicheando.)*

ESCENA VIII

Cristóbal y Sabela.

Sabela.—Buenos días, tú.
Cristóbal.—Muy buenos, Sabela. ¿Vas para la misa?
Sabela. *(Deteniéndose.)*—Voy. ¿Y tú?
Cristóbal.—Más tarde.
Sabela.—Adiós entonces. *(Marcha.)*
Cristóbal.—Adiós... ¡Sabela!
Sabela. *(Volviéndose, sorprendida.)*—¿Qué Cristóbal?
Cristóbal.—¿Saldrás presto?
Sabela.—Cuando acaben. *(Avanzando afectuosa.)* ¿Querías algo?
Cristóbal. *(Retrocediendo.)*—No... no..., nada.
Sabela.—Si es cosa en que yo te valga, dila sin reparo, que agradecida estoy siempre.
Cristóbal.—No fué nada aquello.
Sabela.—Para mí fué muchísimo. Y después del favor, tus palabras de amistad y el juro de valerme siempre... ¡No lo olvido, no, que en el alma lo llevo!
Cristóbal.—Cuatro años van... Ponlo a prueba... y te parecerá que lo he jurado ahora mismo.
Sabela.—Ya lo sé. Y confío tanto en tu promesa, que no le tengo miedo a nada de este mundo, sólo por saber que cuento

contigo. Me vería entre llamas, mar adentro me llevaría la mar... y aún no desesperaba si tú conocías mi peligro.

CRISTÓBAL.—Segura puedes estar, Sabela. Como lo dije, te lo repito. Has de mandarme fatigas, y fatigas pasaré; mandarásme condenaciones, y en menos que lo digas condenado has de verme y muy a gusto.

SABELA.—Ya lo sé, Cristobaliño.

CRISTÓBAL.—¡Y mala centella me coma si no me dejo hacer pedazos por una voluntad que sea de ti!

SABELA.—Yo no te he de pedir nunca ningún mal.

CRISTÓBAL.—Pues de eso viviré yo bien...

SABELA.—Así te lo deseo con todo mi buen cariño para ti Cristóbal.

CRISTÓBAL.—Dios te pague esas palabras, Sabeliña. Yo no te las sé decir iguales porque... ¡porque no sé! Me pesan más las palabras que las piedras..., y cuando creo que tiran a herirme, ya no puedo ni responder de pena y de congoja Yo vi una vez a un hombre que cayó a tierra por una mala palabra de mujer..., y en mucho rato no se levantó. No podía con el peso de aquella mala palabra...

SABELA.—Yo no te las digo nunca...

CRISTÓBAL.—Por eso te di las gracias.

SABELA.—No las merece. Bueno, ¿qué?... ¿Pídesme algo?

CRISTÓBAL.—¡No, no!... ¿Saldrás pronto?

SABELA.—De eso ya te dije el qué.

CRISTÓBAL.—Pues de aquí a luego, Sabeliña.

SABELA.—A cuando quieras, Cristóbal. *(Mutis por la ermita.)*

CRISTÓBAL. *(Rabioso consigo mismo y golpeándose.)*—¡No puedo hablar!... ¡No puedo! ¡¡Maldito sea yo mismo!! ¡Yo ¡Yo! ¡¡Yo!!

ESCENA IX

CRISTOBALÓN; LUCAS, PACORRO y JOSÉ, de la ermita.

LUCAS.—¡Eh, Cristobalón! ¿Has oído el rebullicio? Pues quedan tres o cuatro mozas chillando que se las pelan... pero la que más berraba era la Eufrasia.

JOSÉ.—¿La Eufrasia? ¿La tabernera?

PACORRO.—¿Pellizcaste a una vieja, Lucas?

LUCAS.—¡Engañóme Pacorro! Como tiene la figura tan preciosa y tan bien movida, creí que era una rapaza y le largué un pellizquito *suavito*, de esos de me le gusta a usted..., ¡pero al volver la cara y mirarme!...

PACORRO.—Rabiosa, claro.

LUCAS.—Peor que rabiosa... ¡Agradecida! ¡Me dió un co

aje! Y entonces le aticé un pellizco revirado, de esos de veas y para hacer daño.

CRISTÓBAL.—Otra barbaridad.

LUCAS.—Todo te parece malo... ¡Caray!

ESCENA X

DICHOS; por izquierda, MONTA N'A ESCOBA y una muchacha con muletas. CRISTÓBAL entra en la ermita y sale luego.

JOSÉ.—¡Mirade quién viene!

LUCAS.—¡Monta n'a escoba!

JOSÉ.—¡La meiga!

PACORRO.—¡La bruja! ¿Para la ermita?

JOSÉ.—¡Vaya!

LUCAS.—¿Y la vamos dejar, para que nos traiga desgracia? Yo, no.

JOSÉ.—Ni yo.

PACORRO.—Ni nadie.

LUCAS. *(Adelantando.)*—Oye, meiga... ¿A qué vienes tú aquí?

MONTA.—Meiga lo sería tu abuela, desvergonzado. Y venir, vengo porque la casa de Dios tiene puertas para todos.

PACORRO.—Para los sapos, no; que el sacristán los echa.

MONTA.—Pues si los echa, es que ya entraron..., y el sacristán hace lo que no quiso hacer Dios.

LUCAS.—Tú eres peor aún, por bruja.

MONTA.—¡Yo bruja!

JOSÉ.—¡Y tanto!

MONTA. *(Riendo.)*—¿Condenada ya para la otra vida?

LUCAS.—Naturalmente.

MONTA.—¿Y en este mundo con harapos y con miserias? Me queréis decir qué negocio es el mío siendo bruja? ¿Para qué lo soy? De condenarme, siquiera habría de ser para triunfar en esta vida. ¿Pero, andrajos aquí y tizonazos allá? Vamos, hombre, vamos, que discurrís bien poco.

JOSÉ.—¿No echas las cartas?

MONTA.—¿Y qué? A todo poner, será algo de ciencia que yo tengo..., y un mucho de bobada que tienen los que lo creen.

PACORRO.—¿No das ungüentos maravillosos?

MONTA.—¿Maravillosos? ¡Qué más quisiera!

PACORRO.—Muchos, curan.

MONTA.—¿Y qué? ¿No sabes tú que es buena la mejorana, la flor del anís y la hierbaluisa? ¿Qué falta hace el demonio para saber una docena de compuestos más? Vaya, rapaces, que vuestro diablo es bien poco diablero, y en cualquier boca lo cuelgan por el rabo.

LUCAS.—Pero tú no das ningún remedio sin conjuros y sin que te lleven piedras de no sé dónde...

PACORRO.—Y han de ir a media noche y a escondidas.

MONTA. Claro que sí. Como vos diera flor de anís, dicie[r]do que es flor de anís y sin ningún requilorio..., ¡en seguid[a] veía yo una peseta!

JOSÉ.—Pero que haces mal de ojo... ¡¡Eso!!

PACORRO.—Y que ibas al soto de doña Matilde..., y le s[e]caron los castaños... ¡Eso no lo negarás!

MONTA.—También secan otros.

PACORRO.—Porque hay más brujas.

MONTA.—Y todos los días voy a las robledas del seño[r] Ignacio..., y esas no secan.

LUCAS.—¡Mira qué gracia! Porque esas las bendicen cad[a] año, y contra de ello no tienes permiso.

MONTA.—¿Y qué sacaría yo?

LUCAS.—Hacer daño.

MONTA. *(Yendo a darle un manotazo en broma.)*—Quita [d]e ahí, hombre, quita, que sois más inocentes que...

LUCAS. *(Apartándose bruscamente.)*—¡No me toques, br[u]ja! ¡¡No vayamos a formar puente de carne y me pases u[n] demonio de los tuyos!!

MONTA.—Bueno, Lucas, bueno. Lucas... y todos, que pe[n]sades lo mismo, ¿verdad?

PACORRO.—¡Y no!

MONTA.—Brujas no hay, que no basta vuestra candid[ez] para hacerlas; pero tiráis odios por la tierra..., y la tier[ra] os los devuelve.

LUCAS.—Menos conversación y vuélvete por tu camino.

MONTA.—Mi camino aún no es de vuelta, que tengo de antes a que San Benito me cure la nena.

PACORRO.—Pues a la ermita no llegas.

JOSÉ.—¡Qué ha de llegar!

MONTA.—Aún para mí, comprendo que os negarais a darr[me] la pasada..., pero ¿qué culpa *ten a pequena, homes? ¿N[on] vedes a pobriña?* Fué de un nervioso que le dió al caer de u[n] árbol en donde andaba a las nueces, y como no tiene mal [ni] rotura, vengo a San Benito, que es muy milagroso para to[do] lo de los nervios.

LUCAS.—Que la cure San Demonio, que para algo es patrón.

PACORRO.—Bien dicho.

MONTA.—No seáis de mala sangre, *filliños. Pegade* conm[i]go cuanto queráis, que hecha estoy. ¿Pero con nena? *Mira cómo chora a coitadiña...*

LUCAS.—Más vale que lo pase ella que no todos.

PACORRO. *(Levantando el palo.)*—¡Largo de aquí!

MONTA.—¿No vos da pena?

PACORRO.—¡¡Largo!!

MONTA.—¿Hacemos un trato, Pacorro? Uno pasa la nena r el agujero, y mientras va y pasa, y entra y vuelve a ..., los otros me estáis pegando de palos todo el tiempo. uieres, Pacorriño, quieres?

LUCAS.—Lo que se quiere es que te largues.

MONTA.—Pues marchar, no marcho!

LUCAS.—Pues entrar, no entras!

MONTA.—¡Tede compasión! ¡Por el ánima de tus mayores, cas!

LUCAS.—Y como tocarte no podemos, de otra manera salís. Trae tu palo..., coge la punta del otro..., ¡y ahora, firme ı ella! ¡Hale!. *(Forman con los palos una especie de barra, de modo que no toquen nunca con el cuerpo y puedan empujando a Monta n'a escoba.)*

MONTA.—¡Vais a tirar *co'a nena*, criminales!

LUCAS.—¡Largo de aquí!

JOSÉ.—¡Largo!

MONTA.—¡Criminales! ¡Ladrones! ¡Permita Dios que *vos* na la sarna!

PACORRO.—¡Largo!

LUCAS.—¡Largo!

MONTA. *(Defendiendo a la pequeña siempre no puede defenderse ella misma, y la arrollan.)*—¡¡Váleme, San Benito, eme!!

LUCAS.—¡Llama por los santos, llama!

MONTA.—¡¡Váleme!!

CRISTÓBAL. *(Pausado.)*—Pacorro..., y más los otros..., *dele* quieta la rapaza.

MONTA.—¡Váleme tú también, Cristóbal santiño, váleme por ridad de la nena!

CRISTÓBAL.—*Dejade* quieta la rapaza, *vos* digo.

LUCAS.—Pues que se marchen.

MONTA.—¡No! He de entrar.

PACORRO.—¡Eso, nunca!

JOSÉ.—¡Jamás!

MONTA.—¡¡Cristóbal santiño!!...

CRISTÓBAL. *(Avanzando despacio.)*—Va por buenas... y va r malas. Vosotros diréis de qué manera habrá de ir. *ausa.)* Ve a la iglesia, mujer.

MONTA.—La Virgen te lo pagará, y más también San Beo. ¡Anda, neniña, anda agora... *(Pasan a foro.)*

LUCAS.—Ya verás el mal que nos trae tu locura...

CRISTÓBAL.—Traerá...; pero en castigo no puede venir, e mi deseo es de bien y no de mal.

MONTA.—Cristóbal... Cristobaliño bueno..., no me las r
nejo yo sola para darle aúpa a la rapaza.

LUCAS. *(Cogiéndole.)*—¡No vayas!

JOSÉ.—¡No la toques!

PACORRO.—¡¡Que te puede enmeigar!!

CRISTÓBAL. *(Apartándolos.)*—El señor Dios sabrá cuál su voluntad de hoy para conmigo.

MONTA.—¡Cristóbal! ¡¡Cristobaliño bueno!!

CRISTÓBAL. *(Se persigna.)*—Voy, mujer, voy. *(Acude ellas y hace pasar a la rapaza.)*

MONTA. *(Recoge las muletas.)*—Oye, Cristóbal..., Cristo liño bueno... Así Dios me salve como es verdadero lo que *voy* decir. No habrá nunca demonio que se pasee por tu cu po, no habrá nunca hombre nacido que te pueda por las r las, y la mujer que tú quieras, en tus brazos la has de ve

CRISTÓBAL.—Amén.

MONTA. *(Besándose la cruz de los dedos.)* — Amén se *(Mutis rápido por la iglesia.)*

LUCAS.—¿Estarás contento de la profecía?... Si te v buena mañana hiciste, Cristobalón.

PACORRO.—Y aunque no le salga ya tiene gozo para mi tras no se apea del creerlo.

JOSÉ.—El tiempo dirá lo que es...

LUCAS.—Tenlo por seguro.

CRISTÓBAL.—Saldrá mentira...; no lo veré jamás cum do...; pero ahora, cuando lo ofrecen todo..., ¿qué más pedir? Hay palabras que nos aplastan como piedras..., verdad...; pero también las hay que nos levantan del su como si fuéramos a volar...

LUCAS.—Pues vuela...

CRISTÓBAL. *(Gozoso.)*—Volar... no sé; pero sentirme fuerzas y con arranques para todo, sí... ¡Para todo!

LUCAS.—¿Le hablarías a una moza de tu gusto?...

CRISTÓBAL.—¡Para todo, Lucas, para todo!

LUCAS.—Pues aprovecha el día, que estos empujes de imaginación son muy volanderos, y como vienen, van.

PACORRO.—Aprovecha, Cristobalón.

ESCENA XI

CRISTOBALÓN, LUCAS, PACORRO y JOSÉ; *de la iglesia salen mendigos; un grupo de hombres y mujeres, que aguarda*
SABELA, *que avanza.*

SABELA.—¿Al fin no entraste? ¿Irás en la procesión? no te cansará, que ahora, de mañana, no es más que dar v ta a la ermita y bendecirla a ella y al campo.

RISTÓBAL.—Leguas habían de ser, y como tú lo mandaras bién las caminaría gustoso.

ABELA.—Ya lo sé...

RISTÓBAL.—¡Pero no sabes de qué te hablaría!

ABELA. *(Poniéndose grave.)*—No...

RISTÓBAL.—¿Nunca te figuraste, Sabeliña, lo que mayor tento pudiera darme?

ABELA.—Algún día sí lo pensé...; pero hoy ya no lo pien- Tanto has callado, que bien supuse que nada te impor- a...

RISTÓBAL.—¡Pues te engañaste! ¿Hablo, Sabela?

ESCENA XII

DICHOS. MANOLO, por la izquierda.

IANOLO.—¡Hola, Cristóbal!

RISTÓBAL.—¡Hola, Manolo!

IANOLO.—¿Vas para casa ya, Sabela?

ABELA.—Voy.

IANOLO.—Pues te acompaño un rato de viaje, si permites.

ABELA.—Bueno, hombre. Adiós, Cristóbal...

RISÓTBAL. *(Entrecortado.)* — Adiós..., a... diós, Sabela...

ltis por la izquierda Sabela y Manolo.)

UCAS. *(Riendo, aparte a Pacorro.)*—Poco voló...

ACORRO.—Es de buen aguantar el Cristobalón...

UCAS.—Ni viéndolo quiere ver...

ESCENA XIII

CRISTOBALÓN, LUCAS, PACORRO y JOSÉ.

UCAS.—No te conozco hoy, chico. ¡Muy de frente mirabas Sabela!

RISTÓBAL.—¿Y por qué no?

ACORRO.—Porque todos discurríamos que ya dejaras ese to en el aire.

RISTÓBAL.—No hay motivo.

UCAS.—Hombre..., motivo sí hay..., o lo había, porque ra te lo quitan del medio con marcharse para América.

RISTÓBAL.—¿El marchar quién?

ACORRO.—Manolo, el de Cambre.

RISTÓBAL.—Buen barco se lo lleve..., que el Manolo no ó ni dejó de pintar en que mis pensamientos fueran por de les vino en gana.

LUCAS.—Los pensamientos no digo...; pero la presei tuya ya se cuidó una miaja de no irle al estorbo.

CRISTÓBAL.—¿Al estorbo de qué, Lucas?

PACORRO.—¡No te pongas de bobas, eh! Que si no hace meses, lo que es seis días no los hace que se apalabraro Manolo y la Sabela.

CRISTÓBAL. *(Agarrándolo.)*—¡Mientes!

LUCAS. *(Separándolo.)*—¿Vas pegar con nos? ¡Pues sí tendría compostura, hombre! Cuando precisamente lo que afean todos es que no tengas cara para mirar al Manolo, se ríe de ti con toda la boca.

CRISTÓBAL.—¡Mentira!

PACORRO.—Verdad.

LUCAS.—Y si no vas con nosotros a las peleas es por toparte con él, que bien te busca la ocasión, pero tú no la das.

PACORRO.—Y el por qué... tú lo sabes.

CRISTÓBAL.—¡Mentira!... ¡Mentira!

LUCAS.—No aparentes, eh, Cristobalón. Lo tuyo de por c tro arréglalo como te sirva de más provecho; pero lo de Sabela y del Manolo eres sabedor de ello igual que todos.

CRISTÓBAL.—¿Todos? ¡Mentira! ¡Mentira!

JOSÉ.—Así que es nuevo...

PACORRO.—Todos..., y tú también.

CRISTÓBAL. *(Golpeándose con ira.)*—¡Todos sí! ¡¡Pero no, yo no..., yo no!!

LUCAS.—Si no te fías, pregunta, que cualquiera te d razón...; y si te apetece verlo, con ir de noche una víspera fiesta a casa de la Sabela..., pues verás entrar al otro el portal. Y del portal para dentro te malicias lo que quiera o no te malicias nada, que es más descansado.

CRISTÓBAL. *(Cogiéndolo por los hombros para mirarle de frente.)*—¿Dices verdad, Lucas?

LUCAS.—¡Vaya, *hom!*

CRISTÓBAL. *(Igual que a Lucas.)*—¿Dices verdad, Paco

PACORRO.—¡La vergüenza es que tú lo sufras sin respi

CRISTÓBAL.—¿Verdad, José?

JOSÉ.—Y tan verdad, Cristóbal...

CRISTÓBAL.—¿Me lo juráis?

LUCAS.—Por quien tú quieras, que con lo cierto no se a para en más o menos.

CRISTÓBAL.—¿Y el Manolo se ríe de mí?

LUCAS.—De ti y de tu fuerza..., y de tus miedos además

CRISTÓBAL.—¿De mis miedos?

LUCAS.—Eso pone él.

CRISTÓBAL. *(Amenazador.)*—¡Pues se le acabaron hoy las isas al Manolo!

PACORRO.—Piénsalo...

LUCAS.—Piénsalo un poco, que ése no tiene fría la mirada, como le cerdee el palo, saca pronto de cuchilla y más de istola.

CRISTÓBAL.—Sacará..., sacará...; ¡pero con palo y cuchilla, con los demonios que le ayuden, se le acabaron hoy las isas al Manolo! *(Aturuxo bravío.)* ¡¡¡Hu... u... u... uy!!!

LUCAS.—¡Calla!

JOSÉ.—¡Calla ahora!

CRISTÓBAL. *(Gritando y en pregón.)*—¡¡Hombres de Oleiros...: decidle de mi parte al Manolo, de Cambre, que donde uiera que me vea me mate pronto y como pueda, que si no, mato yo a él!!

PACORRO.—¡Calla, que vienen!

JOSÉ.—¡Calla!

CRISTÓBAL.—¡¡Hombres de Oleiros...: decidle al Manolo, e Cambre, que esto ha de ser, como hay Dios, como hoy es an Benito y como esta es la Santísima Cruz!! ¡¡¡Hu... u... ... u... uy!!! *(Repique de campanas y gaita.)*

ESCENA XIV

ICHOS; la procesión que sale: MONTA N'A ESCOBA y la hija luego, de la ermita.

LUCAS.—¡Calla ahora, endemoniado!

PACORRO.—¡Calla, hombre!...

CURA. *(Haciéndole callar con un gesto.)*—¡¡Silencio!! *Regina Angelorum.*

PUEBLO.—*Ora pro nobis.*

CURA.—*Regina Patriarcharum*

PUEBLO.—*Ora pro nobis.*

MONTA. *(Saliendo como loca.)*—¡Milagro! ¡Milagro! ¡¡Milagro!! *(La procesión se detiene y cesa el ruido.)*

CURA.—¿Qué pasa?

MONTA.—*¡Mirade* a nena, que marcha soliña, curada por an Benito, que Dios le dea más gloria todavía! ¡Milagro! Milagro!

PUEBLO.—¡Milagro! ¡Milagro!

MONTA.—Anda *n'a* procesión, nena, anda... *¡Mirade* cómo a, que mismo es un alabar a Dios! *¡Mirade! ¡Mirade!*

CURA. *(Cogiéndola de la mano.)*—Ven, nena. ¡Bendito sea ios y su santa Madre! *Regina Prophetarum*

PUEBLO.—*Ora pro nobis.*

CURA.—*Regina Apostolorum*

PUEBLO.—*Ora pro nobis.*

MONTA.—San Benito lo hizo; pero tú eres santo como é que por ti llegamos a sus pies... *(Arrodillándose.)* Cristób bueno... Cristóbal santiño..., oye la verdad que sale de m labios. No habrá nunca demonio que se pasee por tu cuerp no habrá nunca hombre nacido que te pueda por las mala y la mujer que tú quieras, en tus brazos la has de ver. Amé

CRISTÓBAL. *(Que oye de espaldas, volviéndose rápido.)*— ¡¡¡En mis brazos!!!... *(Cogiéndola y sacudiéndola.)* ¡¡Bruja ¡¡¡Bruja!!!

MONTA.—¡¡Jasús!!

CURA.—¡¡Silencio, Cristóbal!!

CRISTÓBAL.—¡Vete de ahí, que tus palabras mienten y so falsos tus deseos!

MONTA.—¡¡Jasús!!

CRISTÓBAL.—¡Vete, bruja!

MONTA.—¿No me crees?

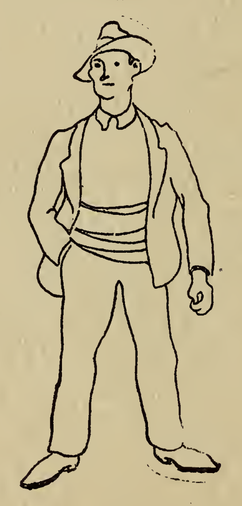
CRISTÓBAL.—¡¡No!! *(Tira con ella al suelo.)* ¡¡Que en tra ciones vivo y a muertes voy!! ¡¡¡Hu... u... u... u... uy!!!

CURA. *(Severo.)*—¡Cristóbal!
LUCAS.—¡¡Calla!!
PACORRO.—¡¡Calla!!
MONTA.—¡Jasús!

} *Todos a un tiempo co el aturuxo.*

(El pueblo se arremolina escandalizado. Campanas, gaita cohetes.)

TELON





ACTO SEGUNDO

el campo. A la izquierda, un merendero que avanza unos tres tros, con la fachada hacia la derecha. Por el costado, frente a la ería, una puerta de dos hojas, con la mitad inferior cerrada, y iéndose únicamente para dar paso. Un emparrado, dos mesas y bancos de madera o de piedra, adosados a la pared. En la fa-da principal, otros bancos y mesas. Es al caer la tarde del mismo día del acto anterior. Al fondo se divisa la ermita.

ESCENA PRIMERA

ANA, LUCAS, PACORRO, JOSÉ, sentados al frente de la casa, miendo. A la derecha, una moza y un mozo, sentados en ·a mesa, merendando. Luego, PLÁCIDO. Una moza, que sir-ve..., vamos, que sirve a la mesa.

JOSÉ.—¡Venga otro boliche!
JUANA.—Y para mí otra ración de pulpo. ¿Quieres más, tú?
PACORRO.—¡Yo estoy por las sardinas con cachelos, que na ña vida comín patacas como éstas!
JUANA.—Es el hambre que tienes.
PACORRO.—Pode que sea.
LUCAS.—No hay como el apetito para encontrarlo todo bue-. Que es lo que pasaba con los novios a la Antonia, la de *ás*, que a todos los mozos les decía que sí..., y no porque los fueran buenos, sino porque ella siempre tenía hambre eso..., ¡la pobre!...

JUANA.—Ande, coma, coma, que le vale más atracarse de comida que de murmuraciones.
LUCAS.—Para cada cosa hay su sitio, mujer.
PACORRO.—Y hoy se puede llenar la andorga sin miedo a lo que pese, que no tenemos que correr después: ¡Correrán otros!...
LUCAS.—¿Que si correrán? ¡Vivan los hombres de Oleiros!
PACORRO.—¡Vivan!
PLÁCIDO. *(Que ha entrado, a la puerta)*—A las buenas tardes... ¿Hay una taza de caldo para un pobre?
MOZA 1.ª—Voy decírselo al ama... *(Entra, y luego sale con una taza de madera y una cuchara de palo.)* —
JOSÉ.—La verdad es que hoy pasais el gran día...
PACORRO.—¡El gran día! Habla uno todo lo que quiere, baila uno todo lo que le da la gana..., y cuidado con que nadie se arrime a pedirnos la pareja.
JUANA.—¿Ha cambiado el viento...?
LUCAS.—¿Que si cambió? Ahora es Nordeste fino...
JUANA.—¿Contáis con Cristobalón...?
PACORRO.—De seguro ya.
LUCAS.—¡Y la de palos que van a llevar quienes yo me sé!
PACORRO.—¿Que si van a llevar? ¡Vivan los hombres de Oleiros!
LUCAS.—¡Vivan!
MOZO 1.º—Muchas voces suenan hoy... *(Levantándose.)*
PACORRO. *(Desafiando.)*—¡Eh, tú..., el de Cambre! ¿Qué se dice?
MOZO 1.º—Digo que muchas voces suenan hoy que no sonaban otros días...
PACORRO.—Porque se puede.
MOZO 1.º—Ya probaremos de ese dulce un poquito más tarde. *(Mutis con la moza.)*
LUCAS.—¿Que si lo probaréis? ¡A cucharadas! ¡Vivan los de Oleiros!
PACORRO.—¡Vivan!

ESCENA II

DICHOS; SABELA, por la derecha.

SABELA. *(Llamándole.)*—Ay, Lucas... ¿Haces favor?
LUCAS.—Sí, mujer, sí. Por favor mío, nunca te quedes con gana.
SABELA.—Se estima. ¿Has visto al Cristóbal?
LUCAS.—Por aquí no anda.
SABELA.—Por la feria tampoco... ¿Estará por la ermita?
LUCAS.—Estará...

SABELA.—Me corre urgencia una palabra suya, y desde por la mañana no doy con él.

LUCAS.—Pues busca la persona... y busca la palabra, que cualquiera no te va a servir.

SABELA.—¿Está contra mía el Cristóbal?

LUCAS.—Puede que estea...

SABELA.—Razón no tiene. ¡Bien sabe la Santísima Virgen que no la tiene!

LUCAS.—Algo es..., pero también lo del Manolo es algo para que se le ponga la sangre negra a cualquier otro.

SABELA.—Eso no va en agravio de nadie, que ninguno tenía mandado en mí por lo de ahora.

LUCAS.—No tendría... ¿Qué te voy decir yo de tus dentros? Pero los pelos son de lobo y hay que guardarse de la dentellada. Sabeliña.

SABELA.—Y ¿por qué, hombre, por qué? ¡Si yo no hice mal a nacido!

LUCAS.—Tampoco sé de mal que hicieran los corderos, y más se los comen.

SABELA.—Pero siendo yo libre de mi voluntad y sin apalabramiento de nadie... ¿no podía yo tomar la preferencia de alguno?

LUCAS.—Poderías, mujer, poderías... ¡Ni duda tiene el recado! Pero... las cosas son como son y no como deben ser, y el caso de hoy es que por tu motivo se van a matar los hombres.

SABELA. *(Desesperada.)*—¡¡No es verdad que sea motivo de mí!!

LUCAS.—Tú lo dices..., pero en algún derecho se ha de mantener el Cristóbal.

SABELA.—¡En nada! Ni en lo más pequeño. ¡En nada!

LUCAS.—Entonces no falla. Anda por medio el embrujorio.

SABELA.—Bastante brujería es ya mi juventud y la suya.

LUCAS.—Los demonios de la carne. ¡Son buenos demonios, son! Y si tú le hallaste gusto a soplar una miaja en esa candela ya no me choca que haya fuego.

SABELA.—¡Te juro que no!

LUCAS.—¿Vamos a ver el caso, Sabeliña? ¿Y no mandarían más fuerza tus oraciones con el Manolo? ¿Ley te debe...? ¿No es eso?

SABELA.—Ley me debe, sí, pero el aparte ha de venir por quien desafía, que en el otro no es apartarse sino escapar, y Manolo no es de los que vuelven la espalda.

LUCAS.—Pues del Cristobalón no aguardes bueno.

SABELA.—El me lo dirá. Voy seguir buscándole. *(Mutis por el foro.)*

LUCAS.—Sigue, mujer, sigue.

ESCENA III

DICHOS, menos la SABELA.

PACORRO.—¿Anda en susto...?
LUCAS.—Con su causa, aunque ella dice que no la sabe. Verdad que las mujeres no saben nunca de nada cuando no les conviene.
JUANA.—Igual que los hombres.
LUCAS.—También son buenos olvidadores, también.
JOSÉ.—Los que lo sean..., que hay campos muy limpios.
LUCAS.—Haberá, hombre, haberá. Pcr complacer lo digo, José.
JOSÉ.—Gracias.

ESCENA IV

DICHOS. Por la derecha, CADAVAL y GERARDO.

GERARDO. *(Sentándose a la mesa de la derecha.)*—¿Quiere del Rivero?
CADAVAL.—De lo que sea voluntad de usted, sí, señor.
GERARDO. *(A la moza.)*—Dos tazas de vino. ¿Cerramos trato, Cadaval? Le doy cuarenta duros por la vaca.
CADAVAL.—¡Ay, no, señor! De los cincuenta no le bajo ni un patacón... Una perra jorda, como agora le llaman.
GERARDO.—No se ponga terco.
CADAVAL.—¿Y si yo soy terco por no bajar, usted qué es por no subir?
GERARDO.—Para que no diga: cuarenta y uno.
CADAVAL.—¡Usted quiere arruinarme, señor! Catorce cuartillos diarios, y la nata, que no le hay nata igual en el reino de Galicia... ¿Lo voy a dar por una miseria? ¡Ay, no, señor! ¡Primero me condeno!
GERARDO.—No ha de ser palabra de rey.
CADAVAL.—Ya bajé un duro antes, que fué un írseme la lengua sin saber cómo... ¡Pero de ahí más que me maten!
GERARDO.—¿Partimos la diferencia?
CADAVAL.—No, señor, no. Diga que el hijo se me va para el Brasil y hay que pagar los pasajes, que si no fuera de eso..., ¡por toda la plata del mundo no salía de mi casa ese animaliño! *(Llorando.)* ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡¡Vender a vaca, *Santisma* Virgen!!
GERARDO.—Beba un trago, Cadaval.
CADAVAL. *(Tranquilo súbitamente.)*—Hay beber, bueno.
GERARDO.—¿Cuarenta y siete? Ahí va la señal.
CADAVAL.—Guárdesela, que no hacemos.
GERARDO.—Pues si usted no baja algo, yo nc subo más, y se acabó.

CADAVAL. *(Llorando.)*—¡Es que pierdo, señor! ¡Por la *jloria* de mis padres! ¡Que todo el año estuvo a maíz y a *brona*, que no la comíamos nos para que ella se tuviera firme!

GERARDO. *(Levantándose.)*—Resuelva de una vez. Cuarenta y siete. ¿Sí o no?

CADAVAL.—Bueno..., para que vea la voluntad, bajaré algo... Le voy a bajar... *(Llorando.)* ¡Pero pierdo, le juro que pierdo...! ¡Así no me salve!

GERARDO.—Concluya.

CADAVAL.—¿Y usted para qué viene con prisas a la feria? Bueno, yo le acabo. *¡¡Jasús...!! ¡¡Jasús!!* ¡Lo que puede con uno la *probeza!* Bueno; mire..., le bajo cinco patacones.

GERARDO.—¿Dos reales? Para ese negocio le daría los cincuenta duros.

CADAVAL.—Pues delos, señor, que tampoco le hay más pelea que esa.

GERARDO.—Pierdo más con la discusión. ¿Cuarenta y nueve?

CADAVAL.—No, señor.

GERARDO.—Pues los cincuenta. ¡Y que veneno se le vuelva lo que tome con ese duro de más!

CADAVAL.—Diga lo que le desahogue, dígalo..., que lo dicho pronto pasa y el dinero queda en casa.

GERARDO. *(Dándole una moneda.)*—Ahí va la señal. Mañana a mi casa.

CADAVAL.—Sí, señor. A las diez le caeremos por allí. ¿Es buena hora?

GERARDO.—Muy buena. Hasta mañana. *(Mutis por la izquierda.)*

CADAVAL.—Vaya con Dios, don Gerardo. Y descuide... *(Marcha hacia la derecha.)*

GERARDO.—A las diez, ¿eh...?

ESCENA V

DICHOS, menos GERARDO; ANTONIO, por la izquierda, se acerca a PACORRO.

PACORRO.—Es aquel. ¡Cadaval! Ti... te busca el señor, que es el contratista de los vapores.

CADAVAL.—Por muchos años.

ANTONIO.—¿En cuánto das la vaca?

CADAVAL.—Ya la vendí en cincuenta pesos.

ANTONIO.—¿Quieres cincuenta y cinco?

CADAVAL.—No, señor, muchas gracias. *(Marcha.)*

ANTONIO. *(Deteniéndole.)*—¿Cincuenta y seis?

CADAVAL.—No, señor, no. *(Marcha.)*

ANTONIO. *(Deteniéndole.)*—Vaya... ¡Sesenta!

CADAVAL.—No, señor. Ni sesenta, ni *milenta*, ni toda la América junta, que ya tomé la señal de la compra.

ANTONIO.—La devuelves.

CADAVAL.—Eso no es de hombre y en jamás se dió el caso.

ANTONIO.—Tú te lo pierdes.

CADAVAL.—Y de aquello entonces usted se lo gana. Que sea para bien de todos. ¡Manda algo además!

ANTONIO.—Nada.

CADAVAL.—Pues que usted lo pase bien. *(Marcha.)*

ANTONIO.—¡Cadaval! ¡Cadaval!

CADAVAL.—¿Qué é?

ANTONIO.—¿Quiere setenta?

CADAVAL. *(Muy fino.)*—Que usted lo pase bien..., que usted lo pase bien. *(Mutis por la derecha.)*

PACORRO.—No porfíe, que no adelanta. Y si la mujer se lo sabe, aún le ha de gruñir al Cadaval..., y puede que le dea un metido, que así son las mujeres..., pero así son los hombres.

ANTONIO.—Eso es tonto. *(Mutis por la izquierda.)*

PACORRO.—Será, sí, señor; pero de esa tontada nos pagamos por aquí.

ESCENA VI

DICHOS, menos ANTONIO.

LUCAS.—Me tarda el Cristobalón, Pacorro...

PACORRO.—Y a mí.

JOSÉ.—A todos, que ya da motivo para que murmuren.

JUANA.—Y lo del pregón de esta mañana ¿fué tan cierto como lo dicen?

PACORRO.—¡No ha de ser!

JUANA.—¿Pero como lo cuentan de mortal?

LUCAS.—Que te diga éste, que mismo estábamos delante suyo los dos. Echaba centellas por los ojos. Y la voz era como una tronada. Tú sabes lo callado que es Cristobalón, que suspira las palabras..., bueno; pues... ¡a bramidos, como un toro en celo, mal comparado! Que te diga éste.

PACORRO.—El Evangelio. Y de mortal, como si murieran ya. No iba contra nosotros el pregón, y a nosotros nos daba miedo. Que te diga éste. ¿Verdad, tú?

LUCAS.—¡Mayor verdad no la hay por las escrituras! Y cuanto más templábamos, más para arriba se le marchaba la voz. Que te diga éste. Lo que es hoy no queda un hombre de Cambre... ¡Van correr lo mismo que raposas monte abajo!

JUANA.—¡Mucha vuelta le dieron al natural del Cristóbal para buscarle así los genios al Manolo!

JOSÉ.—Es que le tocaron en los sentimientos... ¡Y eso hace ras!

PLÁCIDO. *(Acercándose.)*—No corran el dicho para no perdicar la fama, si es de su buena amistad de ustedes, pero vuelta tiene su razón.

JUANA.—¿Qué razón, usted?

PLÁCIDO.—Que esta mañana lo endemoniaron.

JUANA.—¡Ay, San Benito!

PLÁCIDO.—Lo vi yo, que he de morir y soy buen cristiano. más vi pasar los enemigos de un cuerpo para el otro.

JOSÉ.—¿Y eso de cuándo?

PLÁCIDO.—De hoy mismo. Bien junto de él estaban cuando ié el paso. ¿No vieron que Cristóbal le dió la mano a Monta a escoba?

LUCAS.—¡Sí que vimos!

PLÁCIDO.—¿No vieron que después, con la falsedad de muy gradecida, volvió a tomarle la mano y a besarla...? Pues era n la malicia de dar mucho tiempo para que los infernales isaran.

JUANA.—¡Ay, qué *demonia* de mujer!

PLÁCIDO.—¿No se fijaron luego en que la nena, la Tullida, iedó sana de pronto, y el Cristobalón empezó con las voces los desafíos?

LUCAS.—Fijamos.

PLÁCIDO.—¿Pues qué más claridad le piden al Sol? Los decnios del cuerpo de la rapaza salieron y se entraron en el il hombre, y por eso ella quedó librada y él se puso de rabio como antes no lo era, que más tiraba a paloma.

LUCAS.—¡Es verdad!

JOSÉ.—¡Pobriño!

JUANA.—¡Malpocado!

PACORRO.—¡Dios nos libre de una mala voluntad y un mal ojo!

JUANA.—¡Parece mentira que eso pueda pasar!

PLÁCIDO.—Ya le hay mucho. Yo vi un sucedido, hermano de te, en Lugo, en Nuestra Señora de los Ojos Grandes...

PACORRO.—¿Y el Cristóbal tendrá que aguardar todo un año ira librarse?

LUCAS.—Naturalmente. Hasta San Benito, que el Santo no iiere hacer los milagros más que en su día y por la mañana.

JOSÉ.—Para que no le cansen, claro.

LUCAS.—Digo yo que será por eso.

PACORRO.—También puede ir a Santa Eufemia, que para el iso es lo mismo de milagrera que San Benito.

PLÁCIDO.—Sin despreciar a ninguno, es muy buen Santo

éste, sí, señor..., pero así y todo no se lo cambio por San Eufemia, que tiene los milagros muy probados.

PACORRO.—¡Santa Eufemia no vale un ochavo junto de Sa Benito!

PLÁCIDO.—¡Millones!

PACORRO.—¡Y yo le digo que es mucho más santo que otro!

PLÁCIDO.—¡Qué ha de ser!

PACORRO.—¡Ochenta y dos veces!

PLÁCIDO.—¡Embustero!

PACORRO.—¡Mala lengua!

PLÁCIDO.—¡Como me diga que es mejor San Benito le d en los morros, hombre!

PACORRO.—¡Y como usted ponga por encima a Santa Eu mia le sacudo yo a usted!

PLÁCIDO.—¿A mí?

PACORRO.—¡A usted! *(Se sacuden y los separan.)*

LUCAS.—Serenidad, ¡caray!, serenidad..., ¡eso es!..., q cada cual tiene lo suyo por el reino de los cielos, y no convi ne hacerse enemigos por allí arriba... ni por aquí abajo.

PLÁCIDO.—¡Pues que no me desprecie a Santa Eufemia!

PACORRO. *(Arremetiendo.)*—¡Ni usted a San Benito, porq entonces!...

LUCAS.—¿Vais volver?

ESCENA VII

DICHOS. MANOLO, por la derecha. Luego PIUCA, por el emparrado.

MANOLO.—¡Eh... los de Oleiros!

PACORRO.—Hola, tú.

MANOLO.—¿Vosotros podíais adelantarme una curiosidad

PACORRO.—Dila a ver si se puede.

MANOLO.—¿En qué tobo se agazapó el Cristobalón, que : dieron un recado suyo, de mucho ruido... pero no hay qu se lo tropiece para darle la respuesta?

LUCAS.—Habrá ido un momento a comer... Digo yo que l brá ido.

MANOLO.—Y del pregón, ¿sabéis?

PACORRO.—Sabemos, sí.

LUCAS.—Nosotros estábamos delante cuando lo echó.

MANOLO.—Pues entonces, para no jugar al escondite, le v decir que luego volveré yo por estos sitios, caso de que an no le vea.

LUCAS.—Dicho será, Manolo.

MANOLO.—Supongo yo que tendrá gana de la contestación...
PACORRO.—Y todos lo suponemos igual.
MANOLO.—Todos, no. Alguno piensa que ya le tomó asco a us propias valentias, y que se fué para lejos a llorarlas.
PACORRO.—¡Eso no!
MANOLO.—Ya lo veremos entonces. *(Adelanta al emparra-o.)* ¡Piuca!
LUCAS.—El te responderá...
MANOLO.—Tras de eso vengo..., y si él fuera como sus de-afíos no andaría de escondites. ¡Ou, Piuca!
PIUCA. *(Asomándose por la media puerta.)*—¿Quén chama?
MANOLO.—¿Vino el Cristóbal?
PIUCA.—Ainda non.
MANOLO.—Pues de aquí a luego, que volveré.
PIUCA.—A cuando guste.
MANOLO.—Y si él viene primero, que aguarde.
PIUCA.—Bien.
MANOLO.—De parte de Manolo, de Cambre.
PIUCA.—Ya sé, ya.
MANOLO.—Pues díselo.
PIUCA.—Bueno. *(Mutis.)*
MANOLO. *(Volviendo a ellos.)*—Y vosotros repetírselo tam-én, que por todos lados voy dejando la comisión..., ¡y de su oricho salió el buscarme, que yo bien quieto lo tenía!
LUCAS.—Eso es cierto.
MANOLO.—Pues decírselo..., decírselo. *(Mutis por la iz-uierda.)*
PACORRO.—Mucho le corre el encuentro...
JOSÉ.—No se lo *maginará* muy de peligro.
LUCAS.—Este va a fiarse de su arranque..., ¡pero yo no se fío al Manolo!
JOSÉ.—Ni nadie.
LUCAS.—¡Con la fuerza del Cristóbal no quedan ni pedazos : éste!
PLÁCIDO.—Y además la sobrefuerza de tener ahora los ene-igos dentro...
JUANA.—*Caliade, callade...,* que por allí viene *la meiga. Non s oiga mentarla* y *vos tome tirria...*
LUCAS.—*Tes* razón.
JUANA.—¡Vámonos, que un mal de ojo se echa en seguida!
JOSÉ.—Vámonos, sí.
PLÁCIDO.—Yo sé de un caso mismo igual. En Puente Cesu-s iba una de éstas a cometer sus fechorías y le estorbaron os que miraban...; ¡pues lanzóles maleficio... y dos murie-n como rabiosos!
JUANA.—¡¡Vamos, vamos!!

LUCAS.—Es lo más prudente. ¡Vámonos! *(Mutis todos po la derecha.)*
PACORRO.—¿En Puente Cesures?
PLÁCIDO.—Sí, señor. Una que llamaban la Diablona... Y a esa la vieron volar un sábado de noche.
JUANA. *(Espantada.)*—¡¡No!!
PLÁCIDO.—Sí, señora. La vió el sacristán, que aún vive y lo cuenta...
JUANA.—¡¡Vamos!! ¡¡Vamos!! *(Mutis.)*

ESCENA VIII

MONTA N'A ESCOBA, por foro; PIUCA, por la media puerta.

MONTA. *(Llamando.)*—Piuca. ¡Piuquiña!
PIUCA. *(Asomándose.)*—*¿Quén chama?*
MONTA.—Soy yo. Buenas tardes.
PIUCA.—Muy buenas.
MONTA.—¿Está el Cristóbal?
PIUCA.—No está, no, señora.
MONTA.—¿Ni lo esperas tampoco?
PIUCA.—Yo no espero a nadie..., aunque por todos esper siempre, que mi casa es posada.
MONTA.—Y el mundo también lo es..., sólo que más grand
PIUCA.—Será, sí, señora.
MONTA.—¿No sabes nada del Cristóbal?
PIUCA.—Nada.
MONTA.—Pues dispensa, Piuquiña. *(Marcha a sentarse e el banco.)*
PIUCA.—No hay de qué dispensar. *(Mutis.)*

ESCENA IX

MONTA; CRISTÓBAL, por el foro.

MONTA. *(Al acercársele.)*—Buscándote voy... Quería deci te una cosa que ha de ser para el bien de tu espíritu...
CRISTÓBAL.—Dime lo que quieras. No te guardo rabia. ni tengo por qué.
MONTA.—Cuando marché esta mañana, muy agradecida Santo y a ti, pero con mucho dolor de ánima por las iras q se te pusieron en la boca, quise ver si me engañaba en l

ncios que te hiciera... ¡y no hay engaño, Cristóbal; no engaño!

RISTÓBAL.—No importa ya.

ONTA.—Importa, ¡importa! Y en todos vas triunfar; que ueras rey de tierras, al mundo entero vencerías.

RISTÓBAL.—No pedía tanto... cuando pedía algo.

ONTA.—Pues en lo que sea, te abundará la suerte, ¡que astros no mienten, Cristóbal!

RISTÓBAL.—Ellos no mentirán; pero se puede torcer en entido quien lea en ellos.

ONTA.—Yo, no; que he rezado mucho antes de consultar- para mirar bien tu sino, que te lo deseo muy bueno y triunfante.

RISTÓBAL. *(Dándole una palmadita cariñosa en la cara.)*— cias, viejiña; gracias...

ONTA. *(Sonriendo.)*—¿No tienes miedo a enmeigarte to- lome?

RISTÓBAL.—No; porque ya lo estoy.

ONTA.—¡De mí, no!

RISTÓBAL.—No. ¡La meiga mía, la que a mí me embruja, e rosas en la cara, mieles en lo que dice... ¡y el infierno o que hace!

ONTA.—Pues ni aun de ese modo desconfíes, que su des- va con el tuyo, y solamente por ti ha de ser dichosa.

RISTÓBAL.—Con el mío ya no. Y si alguna vez se llegara o de mí..., al verla como es ahora, que ya no es como antes, le había de decir: te nombras igual que la otra, le pareces......, sí..., te le pareces; pero tú no eres la . Son las mismas rosas de su cara, sí; son las mieles de palabras, sí; y hasta es el mismo infierno de sus ojos, sí. o tú no eres la otra, no! ¡Vete de ahí, parecida, vete!

ONTA.—Tú pensarás de esa manera; pero hasta los pen- ientos te han de cambiar para que se cumpla lo mandado, tu suerte la tengo muy leída en el más seguro de los os...: *n'o arco d'a vella...*

RISTÓBAL.—En el arco iris...

ONTA.—¡Y ese no miente ni puede mentir jamás, porque as respuestas en el momento mismo en que Dios Nuestro or está pasando con su carroza por aquellos lugares de cielos!

RISTÓBAL.—¿Es Dios que pasa por allí?

ONTA.—Claro, hombre. ¿No lo sabías? ¿Y quién, si no, el oscuro de las nubes y las cortinas de la lluvia negra, ría en el cielo de pronto tantas luces y tantos divinísi- colores como tiene *o arco d'a vella?*

CRISTÓBAL.—Puede que sea, sí...; pero esta vez, y co
migo..., ¡se equivocó!

MONTA.—Fíame tiempo... ¡y lo verás, Cristóbal; lo ver

CRISTÓBAL.—¿Quieres tiempo para mudar el destino? ¿Pa
que no haya sido lo que ya fué, lo que es? ¿Quieres tiem
Pues tómalo. Te doy toda la vida. ¿No te basta? Te
también la eternidad. ¿Quieres más aún?

MONTA.—Bastará con menos...

CRISTÓBAL.—¡Qué ha de bastar! Aunque se juntaran a
favor todas las estrellas del cielo, todas, no llegaban pa
remediarme. ¿Sabes mi mal, vieja? ¿Lo sabes, viejiña?
mujer a quien yo quiero... ¡es ya de otro hombre!

MONTA.—¡De otro, no!

CRISTÓBAL.—Sí, de otro ya. Anda ahora, viejiña, an
Llama al sol, llámalo. Llama a todas las estrellas, llámala
¡¡y a ver qué alumbran sino la mala hora en que yo qu
a esa mujer!

MONTA.—Eso no lo sabía... ¡Te lo juro!

CRISTÓBAL.—También yo lo supe después... Pero desp
es ya muy tarde siempre, y hecho queda lo hecho, aunque
preguntes cómo se puede deshacer al mismo Nuestro Se
cuando está pasando con su carroza por los cielos... Ad
viejiña. *(Mutis por la posada.)*

MONTA.—Adiós, santiño... No acerté con más razones, p
el sino de las criaturas no puede dejar de cumplirse, no p
de... ¡¡no puede!! *(Va a sentarse, pensativa.)*

ESCENA X

MONTA, por la puerta del emparrado; CRISTÓBAL, que se sienta a una mesa, y PIUCA.

PIUCA.—¿Quieres que te sirva algo?

CRISTÓBAL.—De aquí a un poco, que por lo de ahora
tengo apetencia.

PIUCA.—Muchos te buscan hoy, Cristóbal...

CRISTÓBAL.—Pues con alguno heme de encontrar.

PIUCA.—Nadie sabía por dónde andabas.

CRISTÓBAL.—Fuíme para casa.

PIUCA.—Y luego, *¿tanto camino?*

CRISTÓBAL.—A coger dineros..., y después tardé much
soltarme de los brazos de la madre, que no quería la p
darme suelta. Nada le dije, pero ella lo supo todo sin p
bra mía.

PIUCA.—A veces el corazón es muy parlero y habla de

CRISTÓBAL.—De más le habló hoy a la madre...
PIUCA. *(Apoyándose con las dos manos en la mesa.)*.—Mar-as, ¿verdad?
CRISTÓBAL.—Marcho.
PIUCA.—¿Para Amérisa?
CRISTÓBAL.—Para América.
PIUCA.—¿Cuándo?
CRISTÓBAL.—No lo sé fijo. Después del encuentro.
PIUCA. *(Natural.)*—¿Vas matar al Manolo?
CRISTÓBAL.—Voy matar al Manolo, sí.
PIUCA. *(Con ira.)*—¡¡A causa de la Sabela!!
CRISTÓBAL.—Por causa de la Sabela, sí.
PIUCA.—¡¡Por sobras matas, Cristóbal!!
CRISTÓBAL.—Ese maíz me llevan..., y ese muele mi molino. 'o tengo otro, Piuca! *(Pausa.)*
PIUCA. *(Se va alzando lentamente. Luego.)*—De aquella, tonces, haces bien en poner distancias por medio de ti y de justicia.
CRISTÓBAL.—Bien hago.
PIUCA.—Que la Peregrina te acompañe por los mares y ·go por las tierras.
CRISTÓBAL.—Gracias, Piuca. *(Pausa.)*
PIUCA.—No sé decirte más... *(Pausa.)* Hasta que llames, h?... *(Pausa.)* ¿No te compondría ninguna otra compostu-? ¿Ni algún buen querer que tuvieran por ti?...
CRISTÓBAL.—No, Piuquiña, no.
PIUCA.—¿Ha de ser lo pensado?
CRISTÓBAL.—Ha de ser.
PIUCA.—Bueno, entonces. Hasta que llames, ¿eh? *(Va re-cediendo lentamente, abre la cancela, pasa, vuelve a ce-rrla.)* Hasta que llames, ¿eh, Cristobaliño?... *(Lentamente, rándole, mutis.)*

ESCENA XI

MONTA, CRISTÓBAL y SABELA, por la izquierda.

SABELA.—¿Hace mucho que estás aquí?
MONTA.—Mucho. *(Levantándose.)* Si lo quieres te dejo todo sitio.
SABELA.—Más te agradecería una palabra.
MONTA.—Falta que yo la sepa... y después aún falta el tojo de que te la diga.
SABELA.—Es únicamente si has visto a una persona.
MONTA.—Vi.
SABELA.—¿Dónde?

Monta.—En la feria. A docenas las había.

Sabela.—¡No quieres comprenderme! Yo pregunto por sola.

Monta.—Será desde hoy, que antes tenía tu iglesia má una puerta.

Sabela.—¡Te juro que no! ¡Te lo juro!

Monta.—Por las dos cosas, por tener y por jurar que tienes, los hombres de bien le llaman falsa a la Sabela.

Sabela.—¡¡Mientes, bruja!!

Monta.—¿Y sabes quién puso la noticia en mis oí Pues le fué Cristóbal mismo..., y el pobre no tiene más rabias en su cuerpo, que es un tener bien doloroso para santiño como él.

Sabela.—También Cristóbal se engaña, y de eso quiero blarle. ¿Sabes tú dónde está?

Monta.—Sé.

Sabela.—Dímelo.

Monta.—No.

Sabela.—¡Dímelo!

Monta.—No te lo digo, no; ni vales tú siquiera el por de ir a decírtelo.

Sabela.—Puede que aciertes. Pero lo que no valga yo zás lo valga este dolor de mi alma.

Monta.—Tampoco. Por algo eres culpada.

Sabela.—¡Porque mienten! ¡Nada más que porque n ten! Y si fueran buenos, un poco buenos solamente, no d lo que no saben y va en daño de otro.

Monta.—De ese daño todos tenemos cosecha, que nin se arrepara en hablar de prisa contra los demás.

Sabela.—Yo, no.

Monta.—Igual que todos. ¿Tú no me llamas bruja? te llenas la boca con la palabra de llamármelo? ¿Y de d sabes tú que lo soy? ¿De dónde?

Sabela.—De que lo dicen.

Monta.—Pues de que lo dicen, te digo yo a ti que eres Has dado con una razón que sirve para las dos.

Sabela.—¡Pero a mí me clavan el nombre con ese dec

Monta.—Y ya te duele ese poco, ¿verdad? Ya te inco y te desespera un solo mal que te suponen, ¿verdad? cambio, a ti no te importa el echarme encima todos los les juntos y, por llamarme bruja, que me nieguen el pan casa, que me tiren piedras y que me persigan como a loba, hasta que al fin puedan clavarme como a un sapo. no importa, ¿verdad?

Sabela.—¡Perdóname!

Monta.—Y cuando muera y me nieguen el sagrado

tierra, ¡cómo respiraréis tranquilos tú y todos los que ayudasteis a perseguirme y a matarme! ¿Qué importo yo, verdad?

SABELA.—¡Perdóname... que yo no pensé jamás en que también con mis dichos ayudaba a tus males!

MONTA.—¿Que perdone yo, dices? La humillada, la perseguida..., el desprecio y la burla y la maldición de todos..., ¿aún encuentra quien se le humille y le suplique? ¡¡Muy grande eres, Dios!! ¡Y cuando quieres darla, mucha sombra da tu mano en este mundo!... Levanta, levanta, que si el perdonarte mío sirve de algo, de la cabeza a los pies te doy perdón. *(Marcha hacia la derecha.)*

SABELA.—Nunca volveré a decirlo.

MONTA.—Mucho bien harás para mí... y un poco para ti.

SABELA.—Ahora veo el gran daño que te causaba... *(Acompañándola.)*

MONTA.—Ahora, claro. No hay como el dolor de uno mismo para comprender el dolor de los otros. Bueno, bueno. No vengas por mi camino, Sabela; anda por el tuyo.

SABELA.—No sé cuál es.

MONTA.—Lo sé yo. *(Señalando la posada.)*

SABELA.—¡¡Está ahí Cristóbal!!

MONTA.—No te puedo decir lo que estará ahí del Cristóbal que tú buscas...; pero anda por ese camino, anda.

SABELA.—¡¡Gracias!! *(Mutis rápido por la posada.)*

MONTA.—Del demonio dicen que soy, pero de lo alto me señalan para guiadora de las almas doloridas. *(Sonriendo e invocando.)* Ya que tú lo dispones, ve con ella, Dios, ve, y ampárala un poquiño, que le hace mucha falta... *(Se persigna.)* Amén... *(Mutis lento, sonriente, por la derecha.)*

ESCENA XII

CRISTÓBAL; SABELA, que sale por la puerta del emparrado.

SABELA.—Buenas tardes, Cristóbal... *(Viendo que no contesta más que con un gesto, dulcemente, pero con firmeza.)* ¡Buenas tardes, hombre!

CRISTÓBAL.—Buenas tardes, mujer.

SABELA.—Tras de ti vengo.

CRISTÓBAL.—¡Suerte es la mía!... Lo he de contar y no lo van a creer.

SABELA.—¿Y por qué no, Cristobaliño?

CRISTÓBAL.—Cristóbal nada más me pusieron en la pila. Con eso que me llames puede que ya sobre.

SABELA.—Tiempos hubo en que yo habría jurado que no sobraba...

CRISTÓBAL.—Sí que los hubo; pero esos fueron los tiempos de tu reír y de tu burlarte.

SABELA.—Yo no los he conocido...

CRISTÓBAL.—Es igual que sí o que no. Ahora ya da lo mismo todo. Habla, si has de hablar algo.

SABELA.—Cristóbal..., dijéronme que hoy tiraste un desafío contra el Manolo, de Cambre.

CRISTÓBAL.—¡Contra ése, y más contra quien saque la cara por él!

SABELA.—Entonces, ya puedes pegar a mí...

CRISTÓBAL.—¡Ay, eso, no! *Ainda non sei pegar co'as mulleres.* ¡Pero con los hombres, sí! Hoy caerá el Manolo... o caeré yo. Dios sabe qué hoy de pasar de esto... ¡y esto pasará, aunque los mismos ángeles se pusieran entre medio de nosotros dos!

SABELA.—¿Y qué culpa tengo yo de tus males ni de las mudanzas de tu genio, Cristobaliño? ¿Qué culpa tiene la Sabela, hombre?

CRISTÓBAL.—¿Y quién la tiene sino tú, falsa? ¿De quién estoy endemoniado yo, sino de ti, falsa y más que falsa burladora? *(Levantándose.)*

SABELA.—¿Burladora yo?

CRISTÓBAL.—Tú.

SABELA.—¿Y por mí tienes el soplo del demonio?

CRISTÓBAL.—¡Por ti, Sabela, por ti!

SABELA.—¡Pues ahora mismo vas a ver lo grande que es tu mentira! ¡Pon la mano en mi cuerpo!

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—¡Ponla!

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—Y yo te mando que sí. ¡Ponla, Cristóbal, ponla! *(Y ella misma le coge la mano, colocándola sobre la palma de una de las suyas y poniendo encima la otra.)* Santo San Benito... San Benitiño del Cielo, si es mía la culpa, que todos los demonios...

CRISTÓBAL. *(Retirando la mano vivamente.)*—¡No! ¡Quita, entonces te endemonias tú, y contra de ti no quiero ir!

SABELA.—Pero quiérolo yo. Vuélveme la mano.

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—¡Vuélvela, hombre, que esa verdad me debes por tu grandísima mentira!

CRISTÓBAL.—¡Verdad dije!

SABELA.—Pues de esa no tengas miedo entonces. ¡Anda a un golpe y ponla!

Cristóbal.—¿Tú lo quieres?

Sabela.—Quiero.

Cristóbal.—Puesta va, y que tu castigo sea.

Sabela.—Aún hemos de ver lo que es. *(Invocando.)* Santo an Benito, si es mía la culpa, que todos los demonios del ıerpo de este hombre pasen para el mío, y el suyo quede bre, y yo poseída. Amén.

Cristóbal.—Amén.

Sabela.—Y di tú: yo quiero que pasen.

Cristóbal.—Yo quiero que pasen. Amén.

Sabela.—Amén. *(Pausa. Sonriente Sabela, como desafian- el peligro.)* Y no pasan, Cristóbal; no pasan... ¡Muy segu- ı estaba de que Dios no lo permitiría! Es tu engaño nada ás el acusador de mí.

Cristóbal.—¿No fuiste falsa conmigo?

Sabela.—¿Y cuándo, luego? ¿Cuándo, hombre, cuándo? ubo, sí, una fecha en que pensé que te gustaba; pero como s días se iban y tú no venías, por fin pensé otra vez: "Gus- ırle, sí gusto; pero quererme para formalidades, no me ıiere..."

Cristóbal.—¡Pues te quería, Sabela!

Sabela.—Y yo también a ti, Cristóbal.

Cristóbal. *(Cogiéndola y con alma.)*—¡¡Tú también, Sabe- ; tú también!!

Sabela. *(Rechazándole suavemente.)*—Entonces, Cristóbal, ıtonces... Y un año aguardé..., y otro año aguardé...; pero endo que tus palabras no llegaban, al cabo me dejé ir con s palabras de otro que a todas horas me ponía fuego en s oídos.

Cristóbal.—Bien hiciste..., bien.

Sabela.—No te quejes ahora, que ya no tienes razón. Fuis- tardero para hablar y, además, despreciador.

Cristóbal.—¡Eso nunca!

Sabela.—Acuérdate...

Cristóbal.—¡Que no respire más si la memoria me trae n desprecio que yo te hiciera!

Sabela.—¡Acuérdate!... Viéndote que mirabas y no decías, or si era amor verdadero, que lo ponen de muy corto, yo ısma te busqué la ocasión para que hablaras. Volvíamos tú yo, y más otros, de la romería de la Pastoriza, y al llegar ınto del Puente del Pasaje, aquel bárbaro del Juan, que ya stuviera ofendiendo toda la tarde, me trincó por la fuerza me besó. ¿Te acuerdas? Tú lo prendiste como una oveja, or el cuello y por las ancas, sacándolo fuera del puente.

Cristóbal.—Y si no pide perdón, a la ría va, que todo era ıltarlo.

SABELA.—Yo me desmayé con el susto... Vuelta en mí, l piernas no me llevaban por el camino.

CRISTÓBAL.—¿Y no te llevé yo sentada en mi hombro?

SABELA.—Llevaste.

CRISTÓBAL.—¿Y no te respeté como si fueras la mis Virgen?

SABELA.—Respetaste...; pero al bajar de ti, ya más tr quila, quedéme un instante colgada de tu cuello... ¿Te acu das? ¡Di que te acuerdas, hombre!

CRISTÓBAL.—Sí, Sabela, sí...

SABELA.—¿Cómo entonces no me pediste amores?

CRISTÓBAL.—Porque no sé pedir cuando acabo de ha favor...

SABELA.—Pues yo me figuré que era miedo al comprom con quien no querías..., y por desprecio de amor te lo marq

CRISTÓBAL.—Pero ahora que sabes de veras mi volun para ti, Sabeliña...

SABELA.—Ahora ya no puede ser...

CRISTÓBAL.—¿Por Manolo, el de Cambre?

SABELA.—Por Manolo, el de Cambre.

CRISTÓBAL.—Le quieres, ¿verdad?

SABELA.—Le quiero.

CRISTÓBAL.—Pues quiérele hoy a tu gusto, que mañana no podrás.

SABELA.—¿No le perdonas?

CRISTÓBAL.—¿Yo? Jurado va... ¡Y de eso no sé re verme!

SABELA.—Escúchame, Cristóbal...

CRISTÓBAL.—No me importa ya lo que digas.

SABELA.—Ese hombre me debe promesa de casamiento.

CRISTÓBAL.—Que te la cumpla hoy.

SABELA.—Y heme de casar con él.

CRISTÓBAL.—Hoy puedes...

SABELA.—Y de no casar, vendría sobre de mí la vergüe ¿Comprendes, Cristóbal? ¿Comprendes, Cristobaliño? D que comprendes...

CRISTÓBAL. *(Con ira.)*—¡¡¡Sí!!!!

SABELA.—¿Perdonarás entonces?

CRISTÓBAL.—¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!!

Oeiros que mi palabra llevas de que no he de buscarte al nolo, desde el sitio en que me llevaste aquella noche en brazos... ¿te acuerdas? ¿Di que te acuerdas? ¡¡Dilo co boca, hombre!!

CRISTÓBAL.—Sí lo recuerdo, sí...

SABELA.—¡Pues desde allí mismo me voy de cabeza ría, para ahogarme en la mala agua de la mar!

CRISTÓBAL.—¡No!

SABELA. *(Jurándolo.)*—¡Por estas! Ahora... tú dirás, que en tus manos estoy. ¿Vivo o muero, Cristóbal?

CRISTÓBAL.—Sabela de Oleiros..., vuelve tranquila para Oleiros, que mi palabra llevas de que no he de buscar al Manolo.

SABELA.—Mucho es ya lo que brindas generoso; pero aún no llega para el afán, Cristóbal.

CRISTÓBAL.—¿No llega?

SABELA.—Manolo conoce tu desafío y te buscará, mas que tú no lo busques a él, que también es muy hombre.

CRISTÓBAL.—¿Qué mandas entonces?

SABELA.—Que no pelees.

CRISTÓBAL.—No pelearé.

SABELA.—¿Aunque te busque? ¿Aunque te ofenda? ¿Aunque delante de hombres te llame poco hombre?

CRISTÓBAL.—¡Eso, no!

SABELA. *(Desconsolada.)*—Entonces no ofreces nada, Cristobaliño...

CRISTÓBAL. Dime una cosa en pago. Dímela, como si el mismo Dios y no yo te lo preguntara en tu Juicio Final. ¿La noche que te llevé desde el puente, ibas en mí descansada, pero también ibas de amor?

SABELA.—También. Como ante Dios.

CRISTÓBAL.—¿Y por mucho tiempo después aguardaste mis palabras?

SABELA.—Como ante Dios. Te aguardé.

CRISTÓBAL.—Sabela... ¡Sabela de Oleiros, que una vez tuve yo en mis brazos como a cosa mía!... ¡¡Mía, Dios!!... Sagrada eres para mí, tú... y tu voluntad. Mientras el Manolo sea tuyo, más que insulte, más que ofenda, más que me cruce la cara, yo no me revolveré jamás contra del Manolo. Vete ya en paz, Sabela. ¡¡Y mala centella me coma si no me dejo hacer pedazos por una voluntad que sea de ti!!

SABELA. *(Abrazándole conmovida.)* —¡Cristóbal! ¡¡Cristobaliño!!

CRISTÓBAL. *(Rechazándola bruscamente.)*—¡Ay, eso no! ¡Abrazarte, no! La vida te doy para gozarla con otro... ¡¡Ahora piensa en lo que yo daría por verme otra vez en tus brazos de correspondido y de amoroso!! ¡Pero de ladrón, no! De ladrón no te los quiero, ni te doy nada por ellos. ¡Vete, vete!

SABELA.—Era de agradecida.

CRISTÓBAL.—Así lo entendí. Pero de esa manera no quieren verse los fieles amadores.

SABELA.—La Peregrina te pague todo el bien que recibo.

Cristóbal.—Buena pagadora es... ¡Pero vete, Sabela, vete!

Sabela.—¡Ya me voy, hombre! Pero oye todavía...

Cristóbal.—¡No quiero!

Sabela.—¡Aunque no quieras, lo has de oír! Bueno eres y honrado y valiente y generoso... ¡Pero quien no dijo nunca palabra de amor, no tiene razón nunca para decir palabra de agravio! ¡Es tu culpa, Cristóbal!

Cristóbal.—Es mi culpa, sí, es mi culpa... ¡Pero vete, Sabela, vete! ¡¡Vete!! ¡Si no quieres que te despedace!

Sabela.—¡Despedazada ya voy! ¡Buenas tardes, hombre! *(Mutis.)*

Cristóbal.—Buenas tardes, mujer. *(Desesperado, se deja caer de bruces sobre la mesa.)*

ESCENA XIII

Cristóbal, Piuca, Lucas, Pacorro y José.

Lucas.—¡Por fin te encontramos!

Pacorro.—Ya había quien desconfiaba... ¡Pero nosotros no! *(Dándole la mano.)*

Lucas. *(Metiéndose rápido para impedirlo.)*—¡Ni nadie que sea tu amigo! *(Llevando aparte a Pacorro.)* ¡Ibas a darle la mano, infeliz!

Pacorro.—Es que lo estimo de veras.

Lucas.—Y yo. Pero..., ¿y los demonios? Ahora hay que tener muchísimo cuidado.

Pacorro.—¡Es verdad!

Lucas.—Pues por poco te haces un mal avío.

Pacorro.—¡No me lo digas dos veces, que ya estoy temblando!

Cristóbal.—¿Y el Antón, embarca?

José.—Pienso que no.

Cristóbal.—¿Se podría disponer de esos papeles suyo para mí?

Lucas.—¿Por qué no? Igual valen para uno que para otr Como todos son falsos..., el que paga los duros se lleva lo papeles.

José.—El vapor sale mañana, de atardecido; pero nosotro subiremos en altura y de noche cerrada... para evitar algu na curiosidad, ¿sabes?

Lucas.—Va con éstos el Santiago, de San Pedro de Oz que el señor fiscal le pide no sé cuántos años y un día de cor

lena...; pero el Santiago no está por servir al señor fiscal en esta ocasión..., y escapa.

JOSÉ.—Es prudencia..., ¿comprendes?

PACORRO.—¿Luego marchas, Cristobalón?

LUCAS.—¿Y aun lo preguntas? ¿Qué ha de hacer éste sino marchar?

JOSÉ.—¿Y la muerte es hoy?

LUCAS.—Claro que hoy. Ya vivió bastante el fantasmón ése. Ahora, nosotros. ¡Vivan los hombres de Oleiros!

JOSÉ y PACORRO.—¡Vivan!

ESCENA XIV

DICHOS; MANOLO, por el foro.

MANOLO. *(Que venía despacio, apresura el paso y se acerca por la parte de fuera al emparrado. Natural.)*—Vivan los hombres de Oleiros...

LUCAS. *(Galleando.)*—*E'as mulleres e mais os nenos.*

MANOLO.—Todos, sí, todos. No *vos* conocía yo esa voz tan clara...

LUCAS.—Mudanzas que traen los tiempos...

MANOLO.—Pues iremos viendo las ventajas de ese cambiar. *(Se sienta a la otra mesa.)* ¿Sirven para mí en tu casa, Piuca?

PIUCA.—Claro que sirven.

MANOLO.—La cuestión es que no traigo dinero...

PIUCA.—Por una vez ya se fía.

MANOLO.—Pero tampoco me gusta deber. ¿Convidas, Cristobalón?

CRISTÓBAL.—Convido, sí. Pide.

MANOLO.—Caña, ¿tienes? Y en vaso grande, que los pequeños no satisfacen.

LUCAS. *(Aparte a Pacorro.)*—La convidada no está decente...

PACORRO.—Aguarda, que principio quieren las cosas.

MANOLO.—Cobra ya.

PIUCA.—Dijéronte que va pago.

MANOLO.—No hace falta eso. Fué dicho nada más que para ver los deseos, que me los contaron una miaja torcidos por parte de alguno.

PIUCA.—Pues no lo son.

MANOLO.—Más vale. Cobra y guarda para ti la vuelta. *(Cogiéndola de la falda para atraerla.)* Eres muy guapa, Piuca.

PIUCA.—Para ir pasando...

MANOLO.—¿Me das un beso?

PIUCA.—¡Un beso! Poco lo debes apetecer cuando lo pides delante de todos...

MANOLO.—Capricho del momento. ?Es tu novia, verdad, Cristóbal?

CRISTÓBAL.—Ni lo es ni lo fué.

MANOLO.—Creía yo que sí..., de antes por lo menos.

CRISTÓBAL.—De nunca.

MANOLO.—Bueno entonces. Trae la caña. *(Mutis Piuca, volviendo con lo pedido.)*

LUCAS. *(Aparte a Pacorro.)*—Para ser buscador se deja buscar él mismo demasiado...

PACORRO.—Puede ya que sí...

MANOLO.—No pensaba yo toparme con tan buenos amigos por esta aldea; pero es más saludable siempre que pinten los vientos de ese modo. ¿Luego entonces quiere decir que fué de embuste el pregón que me llevaron?

CRISTÓBAL.—No. La verdad te llevaron a los oídos.

MANOLO.—¡Pues, por mí, ya estamos!

CRISTÓBAL.—Por mí, no.

MANOLO. *(Parándose asombrado.)*—¿Que no? ¿Te arrenie-gas ahora? *(Riendo.)* Tú sabrás por qué vino la cambiada... *(Vuelve a sentarse.)*

CRISTÓBAL.—Lo cavilé más por lo despacio y comprendí que no tuve razón para mandar pregones a quien nada me debía.

MANOLO.—Cuerdo fué el trasacuerdo que tomaste... Tú, Piuca, cuando acabes la faena, préstale tus faldas al Cristobalón, que le han de ir bien las ropas de mujer. Y oye, Cristobalón...; pero mírame, eh, que cuando yo hablo me gusta ver el mirar de los ojos. ¿Quién te quitó la intención para sostenerte?

CRISTÓBAL.—Nadie.

MANOLO.—¿Y quién te la había dado para ofender? ¿La Sabela?

CRISTÓBAL.—Buena amistad le tengo; pero si es cosa tuya disfrútala en ley de Dios.

MANOLO.—O en la ley que me dé la gana, que tú no has de mandar sobre de ello.

CRISTÓBAL.—Claro que no. En lo que sea voluntad de los dos.

MANOLO. *(Levantándose pausadamente.)*—Escucha lo último, tú...; pero antes ponte de pie, Cristobalón, que no te pido ventajas de tú sentado y yo en alto.

CRISTÓBAL.—¿Estoy bien así?
MANOLO.—¡¡Levanta, cochino!!
CRISTÓBAL. *(Se levanta súbito; pero instantáneamente se ...ina y sonríe.)*—¡¡¡Ya estoy!!! Ya..., ya..., ya estoy.
MANOLO.—Pues vamos claros a rematar el asunto de una ... Tú, peleador no eres; pero tampoco eres ratón de faya... para correr con el primer susto. ¿Quién te sopló los cam...s? ¿Quién, Cristobalón, quién?
CRISTÓBAL.—Nadie. Arrepentíme yo solo.
MANOLO.—¡Mientes! Fué la Sabela. Vino a llorarte, ¿ver...? ¿Y tú me perdonas por ella..., y más por lo que tengáis ...otros?
CRISTÓBAL.—¡¡Nada, nada; absolutamente nada!!
MANOLO.—Después arreglaré lo de ella... ¡¡Y bien arre...do!! Ahora lo tuyo es más de prisa. Yo no vivo de lásti...s..., ¿sabes? Y mis asuntos con los hombres los manejo de hombre..., ¿sabes? *(Agarrándolo por las solapas y sa...iéndolo.)* ¡Y si tú lo eres te arrancas ahora mismo!
CRISTÓBAL.—No.
MANOLO.—¡Anda, cobardón, anda!
CRISTÓBAL.—¡No!
MANOLO.—¡Que no te pego de asco que me das!... ¡Anda, ...n!
CRISTÓBAL.—¡¡No!!
MANOLO.—¿No eres hombre, Cristobalón? ¡¡Pues de cobar...te quedas, y de sapo y de asqueroso!! *(Lo suelta dándole ... nuevo empellón.)*
CRISTÓBAL. *(Tambaleándose, más que del empujón, de su ...opia voluntad, que lo aniquila y lo hace pedazos, va a caer ...bre el banco.)*—¡¡No!!
MANOLO.—Y vosotros..., ¡eh, los amigos!..., cuando volváis ... llevar pregón por las aldeas no vos metáis en la de Cam...e, que han de correrros a escupitinazos. Vaya, abur... *(...utis por la puerta.)*

ESCENA XV

DICHOS, menos MANOLO.

LUCAS.—¡Quedaste bien marranamente, hombre!
JOSÉ.—Mismo como un puerco.
PACORRO.—Y más aún peor, que cuando no se tiene cara ...spués no se echa primero los desafíos por los aires.
LUCAS.—Te van a tirar piedras por las corredoiras los ra-

paces...; y no digamos los mayores, que de cobarde ya hay quien te levante por los días de tu vida.

PACORRO.—De cobarde y de todo lo que aguantó de sapo de asqueroso..., ¡que da miseria estar donde tú *esteas!*

PIUCA.—No seáis malos, hombres..., ¡y no retorzáis n las entrañas a quien ya se duele de otros dolores!

LUCAS.—Pues sigue tú con él, si eres de ese gusto, que nosotros se nos hace de menos el estar junto de éste.

JOSÉ.—Vámonos, sí...

PACORRO.—Con nosotros no cuentes más, ¿eh?, cobardón *(Mutis los tres por el foro.)*

ESCENA XVI

PIUCA y CRISTOBALÓN.

PIUCA.—Sufrido no eras... Para que hoy aguantes la a riencia has de tener el corazón muy lleno de espinas. ¿ pidieron que perdonaras verdad, te lo pidieron?

CRISTÓBAL.—No...

PIUCA.—Dímelo a mí, que pondré tu secreto muy guarda

CRISTÓBAL.—Fuí yo solo...

PIUCA.—Anda, dímelo, que aun siendo para mis adentr yo quisiera ver tu fama muy limpia.

CRISTÓBAL.—Gracias, Piuca...; pero al darlo todo tamb di la fama para que la pisotearan. No me la devuelvas, para nada la necesito ya.

PIUCA.—Eso es que aun te persigue el embrujamiento.

CRISTÓBAL.—Deja en paz ahora ese mentir. ¿A qué bus demonios del infierno para explicarnos lo que me pasa? E tre dos hombres... ¿qué mayor demonio habrá que una muj

PIUCA.—¡La Sabela!

CRISTÓBAL.—Quien sea... Y si quieres contar lo sucedi pero contarlo en verdad, no digas que fuí cobarde con hombre: di que fuí cobarde por una mujer. Viene a ser misma cosa, la misma vergüenza y el mismo desprecio ¡Pero no es la misma cobardía! ¡No lo es!

PIUCA.—Claro que no.

CRISTÓBAL.—No lo es, Piuquiña. Eso lo sabe Dios m bien sabido..., ¡y yo también!; pero no me vale de nada.

ESCENA XVII

DICHOS, SABELA y MANOLO.

MANOLO. *(Trayendo de un brazo a la Sabela.)*—Ven para á, ven, que nos explicamos mejor con menos gente. ¿Qué ces tú aquí?

SABELA.—Para ver lo que pasaba entre aquél y tú...

MANOLO.—¿Qué más?

SABELA.—Nada.

MANOLO. *(Riendo.)*—¿Nada, eh? Maliciado ya venía desde e hablara con ese cochino del Cristóbal; pero además aho- me lo certificaron. ¡Ya sé que hubo una buena parranda conversación, ya! ¡Y tu suerte fué no pillarte de momen-; que si te pillo en el pronto vas a patadas por la feria elante! Y aun ahora puede que te *las dea...*

PIUCA. *(A Cristóbal, que hace un movimiento brusco.)*—Dé- te quieto, déjate, que es sólo un hablar...

SABELA.—No tienes motivo para tratarme a malas...

MANOLO.—Confesión tuya no la espero. En esa *bobería* no go yo.

SABELA.—Si fué de malicia te equivocaron el cuento.

MANOLO.—Y entonces... ¿de qué fué la conversación?

SABELA.—A pedirle que no riñera...

MANOLO.—¿Con qué derecho le pides tú a él? ¿Y él con é obligación te escucha a ti? ¡Contesta!

SABELA.—Por amistad nada más.

MANOLO. *(Riendo.)*—¡Pues tiene mérito ese hombre!... De- iar a muerte..., ¡que ya es algo, eh!, y después *revirarse* quedar como un sapo. ¿Y todo ello por lo amistoso nada s? Es mérito de hombre, es...; pero hacen falta mayores gaderas que las mías.

SABELA.—Tú lo creerás... o no lo creerás; ¡pero así Dios salve como no hay otra razón!

MANOLO. *(Riendo.)*—Ya es bastante...

SABELA.—Y tú no puedes dudar de mi palabra, Manolo, bien ligada estoy a ella y a ti.

MANOLO.—De esos ligados vi soltarse muchas.

SABELA.—¡Pero yo no soy de ésas!

MANOLO.—No. Tú eres de las que hablan con uno... y a es- das vienen a hablar con otro. ¡Nada más que ese poquito s tú. *(Riendo.)* Nada más. ¡Y cuando entre los dos hay ado un desafío mortal...! *(Sacudiéndola.)* ¡¡Aún es poco, rona!!

SABELA.—¡¡Manolo!!

PIUCA. *(A Cristóbal, que hace ademán de levantarse.)* *Déixate* estar, Cristobaliño, que *non e mais que un* explicars

MANOLO. *(Que la dejó en seguida.)*—Pero acabemos en p que no quiero ponerte la mano encima. Y por mí pue buscar al otro ya desde ahora, que libre te dejo.

SABELA.—¡No basta!

MANOLO.—Ya verás si basta. Pensaba en irme a la Ar rica y volver para cumplir contigo; pero ya me voy y vuelvo.

SABELA.—¡Me debes palabra!

MANOLO.—Que la cumpla el otro.

SABELA.—¡No tiene por qué!

MANOLO.—Mas que no tenga; es de buen conformar el Cr tobalón.

SABELA.—¡Pero yo no!

MANOLO.—Pues tú sabrás lo que haces, que mi dicho está dicho. Conque... buena suerte y salud. *(Marcha.)*

SABELA. *(Deteniéndole.)*—¡Por la Virgen Santísima, M nolo!

MANOLO.—¡¡Tendrá más cuenta no ponerle fuego a la sa gre!! ¿Eh?... Deja marchar, Sabela...

SABELA.—¡No dejo!

MANOLO.—Mira que adelantar no se adelanta ya con peticiones. Suelta por las buenas...

SABELA.—¡No suelto! ¡Contigo voy más que sea a rastr

MANOLO.—¡Ya estás soltando si no quieres que te dé mal golpe!

SABELA. *(Abrazándose a él.)*—¡¡Manolo!

MANOLO.—¡Suelta, Sabela!

SABELA.—¡Nunca!...

MANOLO. *(Forcejeando y marchando.)*—¡¡Suelta de v vez!!

SABELA.—¡Primero me matan!

MANOLO.—¡¡Pues también te mato!! *(Con una mano la para y con la otra hace ademán de sacar un arma.)*

SABELA. *(Dando un grito ahogado, de terror.)*—¡¡¡Ay!!!

ESCENA XVIII

DICHOS; MONTA N'A ESCOBA, por el foro.

CRISTÓBAL. *(Se levanta de un brinco y acude.)*—¡¡Aún n

MANOLO. *(Sin soltar a la Sabela.)*—¡¡Al acecho estab ¿eh?, Cristobalón!!

CRISTÓBAL. *(Amenazador.)*—Cúmplele tu palabra a la Sa-
a, Manolo.

MANOLO.—No pienso.

CRISTÓBAL.—¿Por qué?

MANOLO.—Porque no me da la gana..., ¿sabes? Porque ya la quiero ni me importa..., ¿sabes?, y como no la quiero, o con ella. *(Le da un empujón y Sabela va a caer en bra- de Cristóbal, que la estrecha en ellos como dándole un 'ugio.)*

MONTA.—... y la mujer que tú quieras en tus brazos la s de ver...

MANOLO.—Pero a ti veo que te apetecen las sobras... Pues te gustan, ahí las tienes, Cristobalón, que esa mujer ya no nada mío, ni yo soy nada de ella. *(En el fondo lejano de nubes negras se enciende la luz viva del arco iris.)*

CRISTÓBAL. *(Apartado suavemente a Sabela.)*—¿Has oído, bela? Dice que no es nada tuyo.

SABELA. *(Con altivez.)*—¡Nada, ya! Si no hubiera más pan e el de su mano, de hambre me moriría!

CRISTÓBAL.—¿Nada? Dilo otra vez, dilo.

SABELA.—¡Nada!

MANOLO.—Mucho te gusta el escucharlo.

CRISTÓBAL.—¡Mucho! ¿No eres de la Sabela, Manolo?

MANOLO.—No.

CRISTÓBAL.—¡¡Pues entonces, Manolo, ya eres mío!!

MANOLO.—Eso aún hay que verlo todavía.

CRISTÓBAL.—Pues vamos verlo, vamos.

MANOLO.—Cuando quieras.

CRISTÓBAL.—Ahora. ¿Estás?

MANOLO.—Estoy. *(MANOLO avanza despacio tanteando el lpe, hasta que le echa las manos al cuello. CRISTÓBAL, que uardó inmóvil y sonriente, le deja un instante apretar, y de onto, sin esfuerzo aparente, le coge una mano, torciéndola sta que el dolor le hace soltar, doblando el cuerpo. Entonces oido e inesperado, le echa las manos al cuello y lo ahoga.*

MONTA—... Y no habrá nunca hombre nacido que te pueda r las malas...

SABELA.—¡¡Qué has hecho, Cristóbal!!

CRISTÓBAL.—Cumplir mi promesa. Cuando no fuera tuyo... ı era mío!

MONTA.—Los signos no mienten... ¿Lo ves, Cristobaliño, lo s?

PIUCA.—¡Escapa, Cristóbal! *(Empieza a caer lento el ón.)*

SABELA.—¡Escapa, escapa!

CRISTÓBAL.—¿Para qué? Yo no escapo.

SABELA.—¡Que puede venir la justicia!

CRISTÓBAL.—Pues cuando venga, también aquí verá jus cia. Yo no escapo. ¡¡Hombres de Oleiros!! ¡¡Hombres de Ca bre!! ¡¡¡Hu... u... u... uy!!! *(*MONTA N'A ESCOBA *se quita mantelo o el pañuelo del pecho y cubre la cara del* MANOI SABELA *y* PIUCA *quedan suplicando al* CRISTÓBAL.*)*

TELON



LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA, S. A.—Sección de Publicaciones

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

JMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Bore y Verneuil, tra-
ección de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA de Romero y Fernández Shaw, música del
aestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro
sallo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín
varez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación
énica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla
Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de
rlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Arment y Gerbidón, versión
stellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del
aestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrere y Fernández
de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.

23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Primer homenaje a María Guerrero.)

24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.

25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.

26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.

27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

28. TU SERÁS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música de Soutullo y Vert.

31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque, música de Moreno Torroba.

34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.

36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.

37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.

38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantas "La Severa", música del maestro Rafael Millán.

39. LA CURA, de Pedro MuñozSeca y Enrique García Velloso.

40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.

41. NO HAY NECESIDAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.



MANUEL LINARES RIVAS

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.